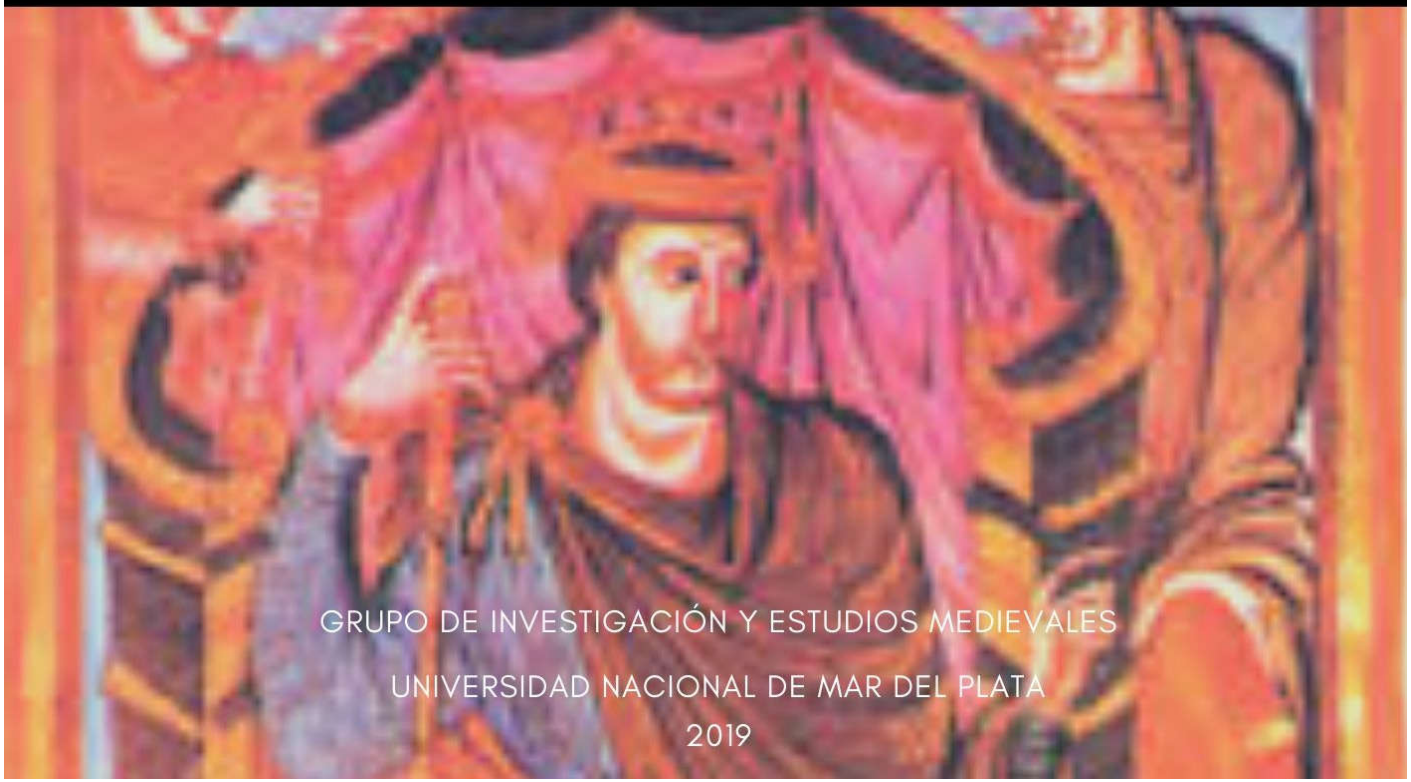
NOTKER BALBULUS

GESTAS DEL EMPERADOR CARLOMAGNO

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN DE GERARDO RODRÍGUEZ

TRADUCCIÓN DE CARLOS RAFAEL DOMÍNGUEZ



GRUPO DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS MEDIEVALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

2019

Notker Balbulus

GESTAS DEL EMPERADOR CARLOMAGNO

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN A CARGO DE

Gerardo Rodríguez

TRADUCCIÓN A CARGO DE

Carlos R. Domínguez

GRUPO DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS MEDIEVALES
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

2019

Balbulus, Notker
Gestas del emperador Carlomagno / Notker Balbulus; editado por Gerardo Fabián Rodríguez. - 1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2019.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Carlos Rafael Domínguez.
ISBN 978-987-544-883-4

1. Historia. I. Rodríguez, Gerardo Fabián, ed. II. Domínguez, Carlos Rafael, trad. III. Título.
CDD 944.0142

La imagen de tapa fue extraída de https://www.tumblr.com/search/louis%20the%20pious

https://ar.pinterest.com/pin/653514595898616579/?d=t&mt=login

ISBN 978-987-544-883-4

Índice

Introducción 7

LIBRO PRIMERO 14

COMIENZA EL PREFACIO 41

COMIENZA EL LIBRO II DE LAS GESTAS DE CARLOS 42

Introducción

Los historiadores carolingios[1]

Las investigaciones históricas de los últimos cincuenta años han demostrado la importancia que los biógrafos carolingios tuvieron en la construcción de las figuras de Carlomagno y Ludovico Pío. Mayke de Jong se refiere a estos autores como "narrativas de la novena centuria"[2], incluyendo en el listado a Ermoldo, Eginardo, Astrónomo, Thegan, Nitardo y Notker.

Thomas Noble subraya que si bien esta construcción toma como modelos autores de las tres tradiciones en las que abreva —romana, cristiana y germánica—[3], es en el transcurso del siglo IX que se fusionan, dando lugar a una fuerte secularización del género biográfico específicamente carolingio.[4] Dentro de esta evolución, Dominique Iogna-Prat considera un aporte particular la construcción de un modelo de emperador cristiano que da cuenta de los soberanos francos de Carlomagno a Carlos el Calvo.[5]

Walter Berschin,[6] en tanto, afirma que este modelo de rey/emperador cristiano hay que comprenderlo en un contexto más amplio, de conformación de una sociedad cristiana, que genera obras de carácter histórico en las que se mixturan historia, biografía y literatura (en el formato del panegírico).

Estas obras presentan una serie de rasgos comunes, entre los que sobresalen:

---

[1] Una versión ampliada de lo aquí expuesto puede verse en Gerardo RODRÍGUEZ, "La historiografía carolingia de Ermoldo a Notker: estado actual de la cuestión", *Medievalismo*, 24 (2014), pp. 353-369.
[2] Mayke de JONG, *The Penitential State. Authority and Atonement in the Age of Louis the Pious, 814-840*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 59.
[3] Los autores que sirven de modelo a esta construcción carolingia incluyen a:

- Suetonio (70-126) y las *Vidas de los doce Césares*.
- Eusebio de Cesarea (265-339) y su *Vida de Constantino*.
- Jerónimo (340-420) y su obra *Sobre personajes ilustres* (referidos al cristianismo).
- Sidonio Apolinar (430-486) y su biografía del rey visigodo Teodorico II (453-466).
- Julián de Toledo (644-690) y su semblanza del rey visigodo Wamba (672-680).

De otros escritores más recientes toman algunas notas biográficas, incluidas en obras más extensas, como son los casos de Gregorio de Tours (530-590), Beda (673-735) y Paulo Diácono (720-800).
[4] Thomas NOBLE, *Charlemagne and Louis the Pious. Lives by Einhard, Notker, Ermoldus, Thegan, and the Astronomer*, Translated with Introductions and Annotations, Pennsylvania, The Pennsylvania State University, 2009, p. 3.
[5] Dominique IOGNA-PRAT, "La construction biographique du souverain carolingien", en Patrick HENRIET (dir.), *A la recherche de légitimités chrétiennes. Représentations de l'espace et du temps danas l'Espagne médiévale (IXe. – XIIIe. siècle)*, Madrid, Casa de Velázquez, Annexes del CLCHM vol. 15, 2003, pp. 197-224.
[6] Walter BERSCHIN, *Biographie und Epochenstil im lateinischen Mittelalter*, III (karolingische Biographie 750-920 n. Chr.), Stturgart, Hiersemann, 1991, pp. 199-220.

a) Subrayan los aportes de un rey dentro del cuadro mayor de la dinastía carolingia, objetivo o finalidad de *"Vita et conuersatio"* inaugurado por Ermoldo y Eginardo.
b) Filian las actuaciones de los diferentes monarcas con la figura de Carlomagno, dando lugar a una revisión constante de los períodos precedentes. Esta imitación del "modelo Carlomagno" fue llevada adelante principalmente por Nitardo y Notker.
c) Resaltan la centralidad de la figura de Luis en el contexto del Imperio cristiano en gestación, centralidad subrayada por Ermoldo, Thegan y el Astrónomo.
d) Utilizan ideológica y políticamente las biografías de la novena centuria para la fundamentación de un proyecto político, de una rama dinástica, de una facción nobiliar.

Es por ello que David Ganz afirma que esta construcción literaria de las figuras del soberano carolingio fue tanto una operación histórica como literaria, que implicó llevar adelante un profundo "revisionismo histórico y literario" del príncipe cristiano ideal.[7]

Los escritos históricos de los autores de la novena centuria formar parte de la renovación cultural carolingia que constituyó el soporte ideológico de las proyecciones políticas de los monarcas francos del período.[8] Joaquín Martínez Pizarro[9] y Philippe Depreux subrayan la importancia de la documentación de tipo histórico-narrativa que se sirve de sustrato y sustento de estos escritos. Es por ello que ambos insisten sobre el valor de esta "literatura narrativa", ya que contiene tanto estereotipos retóricos, que se retoman con nuevas significaciones, como apreciaciones subjetivas del autor y un conjunto de "evidencias narrativas", tales como referencias astronómicas precisas, características de las construcciones edilicias, datos referidos al ordenamiento jurídico, descripciones territoriales, referencias litúrgicas entre otras entre otros.[10]

Este entramado teórico y metodológico es el que permite leer con renovadas interpretaciones a estos autores y a su particular modo de escribir la historia, de relacionar el presente con el pasado, de conjugar emulación e innovación.[11] En los casos de Ermoldo, Eginardo, Thegan, Astrónomo, Nitardo y Notker, este nuevo modelo sostiene y difunde una

---

[7] David GANZ, "Charlemagne in Hell", *Florilegium: Carleton University Annual Papers on Classical Antiquity and the Middle Ages*, 17 (2000), pp. 175-194.
[8] Cf. Stuart AIRLIE, *Power and Its Problems in Carolingian Europe*, Farnham, Ashgate, 2012.
[9] Joaquín MARTÍNEZ PIZARRO, *A Rhetoric of the Scene: Dramatic Narrative in the Early Middle Ages*, Toronto, University of Toronto Press, 1989.
[10] Philippe DEPREUX, *Les Sociétés occidentales du milieu du Vie. à la fin du IXe. Siècle*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2002, pp. 51-61.
[11] Janet NELSON, "Kingship and empire in the Carolingian world", en Rosamond McKITTERICK (ed.), *Carolingian Culture: emulation and innovation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, p. 72; Matthew INNES and Rosamond MCKITTERICK, "The writing of history", en Rosamond McKITTERICK (ed.), *Carolingian Culture: emulation and innovation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 207-209.

"liturgia de la autoridad" que, aunque con matices y variantes, permite aunar la tradición franca del *Rex francorum* con la romana de *imperator Augustus,* la cristiana de *imperium Christianum* y la novedad altomedieval de *gratia Dei rex*.[12] Así, por ejemplo, en el *aula regia* del palacio imperial de Ingelheim hay una puesta en escena de esta ligazón, dado que Luis es presentado como emperador romano-cristiano, dominador de los paganos y rodeado de frescos en los que están presentes Constantino, Teodosio, Carlos Martel, Pipino el Breve y Carlomagno.[13]

Luis I aparece representado como un monarca que aspira a la continuidad de la *Renovatio Regni Francorum*,[14] de allí que todo lo que dicen los historiadores de la época deba ser interpretado como expresiones que configuran un verdadero proyecto ideológico, cultural y político, y se deba considerar a dichas obras como "objetos construidos narrativamente"[15]. Esto implica abordar dichos textos teniendo en cuenta una serie de cuidados metodológicos[16]

---

[12] Ildar GARIPZANOV, *The Symbolic Language of Authority in the Carolingian World (c. 751-877)*, Leiden, Brill, 2008, pp. 1-41.

[13] ERMOLDO, IV, vv. 267-282. Por su parte, ASTRÓNOMO, c. 21-22 se refiere a la importancia de la tradición imperial romana en la corte carolingia, tradición que sobrevive pese a la creciente cristianización del Imperio.

[14] Josef SEMMLER, "*Renovatio Regni Francorum*. Die Herrschaft Ludwigs des Frommen im Frankenreich, 814-829/830", Peter GODMAN and Roger COLLINS (eds.), *Charlemagne's Heir. New Perspectives on the Reign of Louis the Pious (814-840)*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 125-146.

[15] Joseph MORSEL, "Les sources son-elles 'le pain de l'historien' ?", *Hypothèses 2003. Travaux de l'École doctorale d´histoire de l'Université Paris I Panhéon-Sorbonne*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2004, pp. 273-286. Gabrielle SPIEGEL, *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999 p. XVIII subraya la importancia del lenguaje performativo al momento de analizar y considerar los textos medievales. Más adelante, pp. 3-28, fundamenta y ejemplifica la relación existente entre "realidad", "contexto", "estructura social" y el marco analítico elaborado por los historiadores, relación que necesariamente habla de textos y se expresa a través de textos.

[16] En este contexto incluyo mi producción sobre estas cuestiones de historiografía carolingia: Gerardo Rodríguez, "Un análisis de le épica y de la historia carolingia desde la Historia de los sentidos", Rubén FLORIO (dir.), *Varia et diversa. Épica latina en movimiento: sus contactos con la Historia*, Mar del Plata y Santa Fe, Universidad Nacional de Mar del Plata y Universidad Nacional del Litoral, 2018, pp. 281-320; Gerardo Rodríguez, "Ecos de voces lejanas: las palabras que nos llegan a través de fuentes carolingias", Gerardo RODRÍGUEZ y Gisela CORONADO SCHWINDT (dirs.), *Paisajes sensoriales, sonidos y silencios de la Edad Media*, Mar del Plata, Grupo de Investigación y Estudios Medievales – UNMdP, 2016, pp. 65-87; Gerardo Rodríguez, "¿Cómo se construye la historia carolingia? Historia(s) y tradición(es) en la primera mitad del siglo noveno", en Gisela CORONADO SCHWINDT, Viviana GASTALDI, Gabriela MARRÓN Gabriela y Gerardo RODRÍGUEZ (eds.), *Palimpsestos: escrituras y reescrituras de las culturas antigua y medieval*, e-book, Bahía Blanca, Ediuns, 2013, pp. 295-303; Gerardo RODRÍGUEZ, "La historia política de la Alta Edad Media y los historiadores carolingios de la novena centuria: los nuevos rumbos historiográficos", en Gerardo RODRÍGUEZ (dir.), *Textos y contextos (II). Exégesis y hermenéutica de obras tardoantiguas y medievales*, Mar del Plata, EUDEM, 2012, pp. 213.228; Gerardo RODRÍGUEZ, "Épica, memoria e historia. Cómo los carolingios escriben el mundo", ***História Revista - Revista da Faculdade de História e do Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal de Goiás*****,** 17/2 (jul./diz. 2012), pp. 69-103; Gerardo RODRÍGUEZ, "La 'otredad' en la literatura histórica carolingia del siglo IX", en Patricia ORBE (coord.), *Actas III Jornadas de Investigación en Humanidades*, Bahía Blanca, UNS, 2011, pp. 261-265; Gerardo RODRÍGUEZ, "La construcción histórica de la imagen del otro en las narrativas carolingias de la novena centuria", en Gerardo RODRÍGUEZ (dir.), *Historia, Literatura y Sociedad: aproximaciones al mundo medieval desde el siglo XXI*, Mar del Plata y Bahía Blanca, GIEM y CEICAM, 2011, pp. 113-143; Gerardo RODRÍGUEZ, "Narrar y legislar: en torno a la

y en función de las continuas reconsideraciones de estos monarcas, en especial Luis y sus historiadores.[17]

Estas "narraciones históricas" tienen una función social,[18] dado que conforman una determinada visión del mundo, muchas veces asociada a uno de los bandos en pugna. Por ello, sus autores pueden ser considerados "intelectuales" al servicio de una causa, que recurren al uso y la difusión de la escritura en su búsqueda por determinar criterios de verdad. Al respecto, Chris Wickham afirma que la relación entre "intelectuales" y política que se establece en el siglo noveno no se dará nuevamente hasta la revolución francesa.[19] Por su parte, Matthias Becher sostiene que los *Anales carolingios* pueden ser considerados como una versión semioficial de la historia, el basamento sobre el que se desarrollan las demás narrativas del período.[20] Una idea similar es la propuesta por Rosamond McKitterick quien habla de la ilusión del poder real que transmiten.[21]

La palabra escrita cumplió una función de primer orden en la sociedad carolingia, dado que fue utilizada por el gobierno, por la administración, en las transacciones legales ordinarias y en las disposiciones en general. Permitió conformar una tradición histórica y cultural franca a partir de la reelaboración de las herencias romana, cristiana y germana. De allí que Rosamond McKitterick afirme que "para los francos la memoria era el recuerdo escrito"[22]. Es por ello que la literatura adquiere relevancia, dado que la extensión y la importancia concedidas a la memoria constituye tareas reservadas para una élite (letrada).[23] Según Patrick Geary, esta escritura de la memoria permitirá tanto el control del pasado como

---

penitencia de Luis I", *Actas de las III Jornadas de Filosofía Política: justicia, equidad e igualdad*, Mar del Plata, UNMdP, 2010.

17 A modo de ejemplo cf. François-Louis GANSHOF, "Louis the Pious Reconsidered", *History*, 42 (1957), pp. 171-180 y Thomas NOBLE, "The Monastic Ideal as a Model for Empire: The Case of Louis the Pious", *Revue Bénédictine*, 86/3-4 (1976), pp. 235-250; Thomas NOBLE, "Louis the Pious and his Piety Reconsidered", *Revue belge de philologie et d'histoire*, 58 (1980), pp. 297-316.

18 Tomo y adapto la noción de "función social de la prosa" elaborada por Gabrielle SPIEGEL, *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 1993. Para esta autora, el recurrir a la prosa como medio para escribir historia en los siglos XII y XIII constituye una operación de tipo ideológico, de parte de un grupo de la élite, que prentende o reclama su propia legitimidad histórica, de allí que reemplacen al latín por la lengua vulgar.

19 Cris WICKHAM, *The inheritance of Rome: Illuminating the Dark Ages 400-1000*, Nueva York, The Penguin Books, 2010, p. 411: la importancia política de este grupo se observa en sus obras y textos justificatorios o laudatorios, en las excusas, en la promoción de determinados personajes.

20 Matthias BECHER, *Eid und Herrschaft: Untersuchungen zum Herrscherethos Karls des Grossen*, Sigmaringa, Thorbecke, 1993, pp. 21-77.

21 Rosamond MCKITTERICK, "The Illusion of Royal Power in the Carolingian Royal Annals", *English Historical Review*, 460 (2000), pp. 1-20.

22 Rosamond MCKITTERICK, *The Carolingian and the Written World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 134.

23 Rosamond MCKITTERICK, *History and Memory in the Carolingian World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 5-7.

su presencia en el presente. La creación del pasado permitirá el desarrollo de la "memoria colectiva", que se transmitirá tanto de manera oral como a través de la literatura.[24]

En los siglos octavo y noveno, la memoria oral y escrita disputan el tratamiento, la selección y la interpretación de la escritura. Incluso algunos autores sostienen que esa cultura oral era esencial;[25] otros, en cambio, consideran que la "memoria social", básicamente escrita, remitía al proceso de construcción y de reflexión del pasado.[26]

Por ello, resulta necesario conocer a los autores del período, tanto en lo que se refiere a sus escritos como a los encuadres de producción, circulación y recepción de los mismos. Estos historiadores también nos informan y nos dan sus visiones sobre los otros, nos presentan elaborados procesos y mecanismos de construcción de alteridad, desde una perspectiva étnica —enemigo, hereje, mujer del enemigo o del hereje— que llevan a cabo. Estas recreaciones y relecturas, estas apropiaciones, generan anacronismos que deben considerarse como "necesarios mediadores" entre pasado y presente, dado que posibilitan el traslado de temas, figuras, personajes, instituciones de una realidad pretérita a "lectores" contemporáneos.[27]

Por ello, considero posible compartir la tesis de Walter Goffart, según la cual los "historiadores bárbaros" generaron un relato historiográfico recurriendo a diferentes fuentes y técnicas narrativas, que los convierten en verdaderos historiadores, desde una concepción moderna de la profesión:[28] en el reino de Luis el Piadoso se genera una historiografía de corte, crucial para comprender la imagen pública y política de la monarquía y del monarca.[29]

La construcción de una tradición franco-carolingia, a partir del análisis de las relaciones entre literatura e historia, remite al análisis del discurso que no puede entenderse como el estudio de una fórmula pura y perfecta sino que debe considerar los encuadres de producción, recepción, contenido, tiempo y espacio que le sirven de marco de referencia, en este caso, la producción histórica y literaria de la "renovación cultural carolingia".

Jean Batany afirma que el proyecto ideológico-político que se evidencia en Ermoldo y que subyace en los fundamentos de la "propaganda carolingia" del siglo IX, derivó, con el

---

[24] Patrick GEARY, *Phantoms of Remembrance. Memory and Oblivion at the End of the First Millennium*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1994, p. 7.
[25] Mary CARRUTHERS, *The Book of Memory: A Study of Memory in Medieval Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 11. Cf. en este mismo sentido Elisabeth van HOUTS (ed.), *Medieval Memories: men, women and their past, 700-1300*, Londres, Longman, 2001.
[26] James FENTRESS y Chris WICKHAM, *Social Memory*, Oxford, Blackwell, 1992, p. 26.
[27] Cf. Raymond CORMIER, "The Problem of Anachronism: Recent Scholarship on the French Medieval Romances of Antiquity", *Philological Quarterly*, 53 (1974), pp. 145-157.
[28] Walter GOFFART, *The Narrators of Barbarian History (A.D. 550–800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1988, pp. 3-19.
[29] M. INNES and R. MCKITTERICK, "The writing…", op. cit., p. 209.

devenir del tiempo, en el "mito carolingio" del siglo XII.[30] Esta construcción supuso reapropiaciones, resignificaciones, omisiones, silencios, interpolaciones, agregados. Y así como ciertos personajes se convirtieron en fundantes, otros, en cambio, fueron caracterizados negativamente.[31]

En particular, esta deconstrucción y construcción de la figura de Luis significó la vulgarización de su imagen. Se cuestionaron sus aptitudes como gobernante y los atributos de carácter, que el Astrónomo había tratado de hacer aparecer bajo una luz positiva,[32] lo convertían, en contraste con el dinámico Carlos, cada vez más en "Luis el Piadoso", en el demasiado bondadoso y débil epígono,[33] que sigue viviendo como tal en el uso idiomático del francés y en la conciencia histórica hasta el día de hoy.

No obstante ello y como señalé brevemente, a comienzos del siglo IX esta mirada era diferente. Ermoldo Nigello aseguraba que Luis estaba destinado a suceder a Carlomagno en razón de su piedad;[34] en tanto, el Astrónomo, parafraseando la parábola de los talentos,[35] asegura que el rey de Aquitania era el legítimo heredero del Imperio carolingio[36] y actuaba en consecuencia, por ejemplo, buscando mejorar la administración regia en base a nuevos criterios de ordenación jurídico-administrativa.[37]

Notker Balbulus

Notker de San Galo (840-912) o Notker Balbulus, es decir, el tartamudo, recibió educación en el Monasterio de San Galo, gracias a lo cual dispuso de una importante

---

[30] Cf. Jean BATANY, "Propagande carolingienne et mythe carolingien: le programme de Louis le Pieux, chez Ermold le Noir et dans le *couronnement de Louis*", en Emmanuèle BAUMGARTNER (ed.), *La Chanson de Geste et le mythe carolingien. Mélanges René Louis*, 3 vol., Paris, Bibliothèque de l'École des chartes 1982, vol.1, pp. 313-340.

[31] Cf. Susan FARRIER (ed.), *The Medieval Charlemagne Legend: An Annotated Bibliography*, Londres, Routledge, 1993.

[32] ASTRÓNOMO, Prólogo.

[33] NITARDO, I, Prólogo le dedica el texto a Carlos y le advierte que preste atención de *"los tiempos terribles de su piadoso padre"*, acusado de ser el causante de las divisiones internas, inclusive familiares (I, c.3) e incapaz para gobernar, incapacidad que ve reflejada en la actitud pasiva que asume ante los hechos.

[34] ERMOLDO, vv. 600-635. ASTRÓNOMO, Prólogo. Philippe DEPREUX, "La *pietas* comme principe de gouvernement d'après le *Poème sur Louis le Pieux* d'Ermold le Noir", en Joyce HILL and Mary SWAN (eds.), *The Community, the Family and the Saint: Patterns of Power in Early Medieval Europe*, Turnhout, Brepols, 1998, pp. 201-224 subraya cómo la obra de Ermoldo en general está puesta al servicio de la defensa de la piedad de Luis como principio rector de su gobierno.

[35] *Mt* XXV, 14-30; *Lc* XIX, 12-27.

[36] ASTRÓNOMO, c. 19.

[37] TEGHAN, C.10. Philippe DEPREUX, "Nithard et la *res publica*: un regard critique sur le règne de Louis el Pieux", *Médiévales*, 22-23 (printemps 1992), pp. 149-161 considera que estos cambios se deben más a cuestiones políticas (recompensar a los fieles y vasallos de Luis) que a razones administrativas. Incluso afirma que el ejercicio del poder público de Luis es firme a principios de su reinado pero que declina hacia 830-833. En TEGHAN, c.19 pueden encontrase argumentos para defender esta tesis.

biblioteca.[38] La *Gesta Karoli Magni imperatoris*[39] fue compuesta con motivo de la visita del emperador Carlos III, nieto de Carlomagno, a finales del 883 al monasterio de San Galo.

La obra es un conjunto de anécdotas que glorifican al emperador y esbozan la imagen ideal del buen gobernante que sabe mantener el reino en sus manos y dirigirlo sabiamente. Importante también es esta obra por la calidad de los detalles de carácter histórico-cultural que describe.

Ejemplos de lo dicho: subraya el interés del nuevo emperador, Carlos III el Gordo, que logra reunificar el Imperio de manera momentánea, en sus antecesores y se refiere al temor de sus súbditos de que la dinastía se encontraba en peligro de extinción. Dos veces en la obra[40] utiliza la excusa de proponer los nombres de Carlos y Luis para los futuros hijos, conmemorando de este modo a sus grandes antepasados y, a la vez, recordando que Carlos III no tenía, aún, hijos legítimos para sucederlo.

En este contexto, el recuerdo de las guerras llevadas a cabo en tiempos de Carlomagno reviste importancia fundamental. Describe el avance paulatino del ejército de Carlomagno hacia Pavía, la capital del reino de Lombardía, para asediarla en 773. Desiderio, el rey de Lombardía y Otker, un prófugo de la corte carolingia de Aquistrán, son los agonistas que aguardan desde una torre de la ciudad a las huestes enemigas del emperador. La narración, en tercera persona, incluye momentos de diálogo entre Otker y Desiderio, comentando aterrados el acercarse del enemigo, que se divisa en la lejanía. A lo largo del diálogo se lleva a cabo una descripción del aparato de guerra de Carlomagno a la vez que se señalan las emociones que mueven a los protagonistas.

Ambos fragmentos son por demás ilustrativos del uso de la historia en la conformación del relato histórico.

---

[38] David GANZ, "Humor as History in Notker's *Gesta Karli Magni*", *Monks, Nuns, and Friars in Mediaeval Society*, Edward KING, Jacqueline SCHAEFER and William WADLEY (eds.), Sewanee, 1989, pp. 171-183.
[39] NOTKER, *Gesta Karoli Magni imperatoris / Taten Kaiser Karls des Grossen*, Hans HAEFELE (ed.), Berlín, Monumenta Germaniae Historica, Scriptores rerum Germanicarum, in usum scholarum separatim editi, 12 (MGH, SS rer. Germ, in us. schol. 12), 1962.
[40] NOTKER, c.11 y c.14.

LIBRO PRIMERO

1. El omnipotente señor que dispone y ordena los reinos y los tiempos, que hizo caer aquella admirable estatua de los romanos con pies de hierro y barro, levantó entre los francos una del ilustre Carlos con cabeza de oro. Cuando este había comenzado a gobernar como único rey en las regiones occidentales del mundo, vio que el estudio de las letras estaba olvidado en todas partes, con el consiguiente debilitamiento del culto divino. Ocurrió entonces que con algunos mercaderes llegaron a las costas de la Galia dos escoceses desde Irlanda, que eran dos varones incomparablemente eruditos, tanto en los estudios seculares como en los sagrados. No mostraban ningún objeto para vender, pero a los que se acercaban a ellos con intención de comprar algo les decían: "Si alguien quiere tener sabiduría, venga a nosotros y se la daremos. La tenemos en venta". Ellos decían que la tenían en venta porque veían que el pueblo no buscaba cosas gratuitas sino que deseaba comprar. De este modo, o bien querían incitar al pueblo a la sabiduría al igual que en otras cosas venales o, como los hechos siguientes comprobaron, con ese anuncio podían provocar admiración y estupor. Tanto se extendió esta fama, por parte de admiradores y por parte de los que los creían locos, que llegó a oídos del rey Carlos, siempre amante y deseoso de la sabiduría. Sin tardanza los citó a su presencia y los interrogó acerca de si realmente ellos tenían esa sabiduría que proclamaba la fama. Ellos respondieron: "Sí, la tenemos y estamos dispuestos, en el nombre del Señor, a dársela a quienes dignamente la soliciten". Cuando les preguntó qué era lo que pedían a cambio de ella, dijeron: "Solo un lugar conveniente y ánimos curiosos, además de aquello sin lo cual no se puede vivir, o sea, algo para comer y algo para cubrirnos". Oyendo esto el rey, lleno de alegría, primeramente los mantuvo consigo por un corto tiempo. Posteriormente, debiendo él partir con urgencia para dirigir expediciones bélicas, a uno de ellos, de nombre Clemente, le ordenó residir en la Galia y le encomendó una cantidad bastante numerosa de adolescentes, algunos muy nobles y otros de mediana y baja condición, disponiendo que debían tener todo lo necesario en lo referente a alimentación

y alojamiento. Al otro, de nombre (…)[41] lo envió a Italia para que residiese en el monasterio de san Agustín en la ciudad de Pavía, para que allí pudiesen acudir a él los que desearan instruirse.

2. Alcuino, en Inglaterra, tuvo noticia de que el religiosísimo rey Carlos recibía con sumo agrado a los varones sabios y entonces subió a una nave y se dirigió a él. Alcuino era muy versado en toda clase de temas, superando a los demás de su tiempo. Había sido discípulo del doctísimo Beda, gran comentarista después de Gregorio. Alcuino permaneció con el rey hasta el fin de su vida y Carlos no se apartaba de él sino cuando debía marchar a la guerra, El rey se decía a sí mismo discípulo de Alcuino, a quien titulaba su maestro. El rey le dio el monasterio de san Martín en Tours para que allí residiese cuando él estuviera ausente y para que instruyese a quienes acudiesen con intención de aprender. Su doctrina fue tan fructuosa que los galos y los francos modernos pudieron considerarse iguales a los romanos y los atenienses.

3. Cuando el gloriosísimo rey Carlos, después de largo tiempo, volvió a la Galia, ordenó que se acercasen a él los adolescentes que le había encomendado a Clemente para que le mostrasen sus cartas y sus poesías. Los de clase media y baja, en contra de lo que se esperaba, presentaron escritos decorados con todos los condimentos de una verdadera sabiduría. Los que presentaron los nobles sabían a fatuidad. Entonces el muy sabio rey Carlos, imitando la justicia del juez eterno, colocó a los que habían realizado buenos trabajos a su derecha y les dijo: "Os doy muchas gracias, hijos, porque habéis cumplido con mis órdenes y habéis hecho algo útil para vosotros en la medida de vuestras posibilidades. Tratad de lograr la perfección y os daré magníficos episcopados y monasterios, siendo siempre honorables ante mis ojos". Luego, a los que estaban a su izquierda, con señales de disgusto en su rostro y golpeando sus conciencias con su mirada encendida e irónica, les dirigió estas expresiones terriblemente tonantes: "Vosotros, nobles, hijos de señores, delicados y apuestos, confiados en vuestra estirpe y en vuestras posesiones, posponiendo mi mandato y vuestra propia gloria, dejando de lado los estudios literarios, os habéis dedicado por inercia a

[41] Hay una laguna en el texto original.

los pasatiempos de la lujuria y a ejercicios vanos". Dicho esto, levantando hacia el cielo su augusta mirada y su invicta diestra, exclamó con voz muy firme: "¡Por el rey de los cielos! Aunque otros os admiren yo no valoro mayormente vuestra nobleza y vuestra apostura. Sabed sin ninguna duda que si no desecháis pronto esta negligencia y la cambiáis por una diligente aplicación al estudio, nunca recibiréis de Carlos nada de bueno".

4. Para los mencionados pobres nombró en su capilla a un excelente maestro y escritor. Los reyes francos solían llamar capilla a su residencia privada aludiendo a la capa de san Martín que solían usar a menudo para protegerse de los enemigos cuando iban a las guerras. Un joven había llegado ante el prudentísimo rey Carlos para anunciarle la muerte de un cierto obispo. El rey le preguntó si solicitaba algo por esa tarea y el mensajero le respondió: "Señor, solo dos libras de plata". Dijo estas palabras sin casi poder contener el aliento. Oyendo esto el rey, de manera renuente, dejó escapar estas palabras; "¡Pequeño viático para un viaje tan largo!". Entonces esa persona tan moderada como era Carlos, tras reflexionar un poco, le dijo: "¿Piensas que si tú recibieras ese episcopado, te preocuparías por pedir más por ese trayecto?". Este, al instante, aceptando esas palabras como se fuesen uvas prematuras cayendo en una boca abierta, se arrojó a sus pies, exclamando: "Señor, eso está en la decisión de Dios y en vuestra potestad". Y le dijo el rey: "Quédate detrás de la cortina que está a mis espaldas y escucha cuántos hay que aspiran a ese honor". Oyendo la gente del palacio la noticia de la muerte de ese obispo, estando los allegados al emperador siempre a la expectativa de esos fallecimientos, envidiosos los unos de los otros, se esforzaban por lograr el cargo cada uno para sí. Pero el rey, permaneciendo firme en su determinación, a todos les dijo que no, siéndole fiel a aquel joven. Por último, la reina Hildegarda envió primeramente a los nobles del reino y luego se acercó ella misma al rey pidiéndole ese episcopado para su clérigo. El rey recibió esta petición con gran alegría, diciendo que a ella él nada podía negarle pero que descartaba a ese clérigo. La reina, disimulando el enojo que tenía en su interior, con voz muy suave y gestos delicados, procurando calmar el ánimo irritado del emperador, le dijo: "Mi señor y mi rey, ¿por qué desaprovechar ese episcopado dándoselo a ese joven? Te ruego, mi dulce señor,

mi gloria y mi refugio, que se lo des a tu fiel servidor que es mi clérigo". Entonces, el joven a quien el rey le había ordenado permanecer detrás de la cortina para que oyese las súplicas de todos, todavía oculto tras la cortina, exclamó: "Señor rey, mantén tu fortaleza para que nadie arranque de tus manos la potestad que Dios te ha dado". El rey, fiel amante de la verdad, le pidió que saliera de ese lugar y le dijo: "Ten ese episcopado y cuida con diligencia que consideres por delante de mí y de ti mismo las altas expensas y el viático para el viaje que es realmente largo e irrevocable".

5. Había un cierto clérigo, en el círculo cercano al rey, vil, abyecto y poco instruido en el conocimiento de las letras. El muy piadoso Carlos tuvo compasión de su pobreza, si bien todos lo odiaban y se esforzaban para persuadir al rey de que lo expulsara; pero nunca pudieron lograr esto. Sucedió que en la vigilia de san Martín se le anunció al emperador la muerte de un cierto obispo. El emperador llamó a uno de sus clérigos, dotado de no escasa doctrina y nobleza y le dio el episcopado. Este, lleno de alegría invitó a muchos de los miembros del palacio a su mansión e incluso recibió con gran fasto a otros muchos que llegaron desde aquella iglesia e hizo preparar para todos ellos un gran banquete. Repleto con los manjares y el vino bebido en demasía, esa santísima noche dejó de asistir a la vigilia. Era costumbre que el maestro de la escuela de canto el día anterior designase a cada uno de los que debían cantar en la noche los distintos responsorios. A aquel que ya tenía el episcopado casi en la mano le fue asignado el responsorio: *Domine, si ad huc populo tuo.* Estando él ausente se hizo un largo silencio después de la lección, los presentes se exhortaban unos a otros a cantar el responsorio, diciéndose que cantase ese responsorio el que correspondía que lo hiciera. Finalmente dijo el emperador: "Cante alguien". Entonces aquel clérigo abyecto, iluminado por inspiración divina, sintiéndose apoyado por tal autoridad, entonó el responsorio. Como no sabía cómo proseguir el resto del canto, el clementísimo rey ordenó que se lo ayudase. Otros cantaron y el pobre clérigo no supo añadir ni siquiera un versículo, pero, terminado el responsorio, comenzó a cantar con perfecta entonación la oración del Señor. Todos intentaban hacerlo callar, pero el sapientísimo rey dispuso que nadie lo molestase hasta que llegase al final del canto. Cuando se llegó al verso *Venga a*

nosotros tu reino y el resto, todos se vieron obligados a responder: *Hágase tu voluntad.* Terminado el canto de las laudes matinales el rey regresó a su recámara para entrar en calor y revestirse con los ornamentos propios para tan grande festividad, Dispuso entonces que le trajeran a aquel viejo siervo pero nuevo cantor. Le dijo: "¿Quién te ordenó que cantases ese responsorio?" Entonces él, atemorizado, contestó: "Señor, tú ordenaste: Que alguien cante". El rey le respondió según la antigua costumbre imperial: "Bien". Y añadió: "¿Quién te enseñó ese verso?". Entonces el clérigo, por inspiración de Dios, utilizó palabras amables y complacientes con las que los inferiores solían dirigirse a los superiores y con ánimo elaboró esta respuesta: "Feliz señor, honorable rey, ya que nadie entonaba ese versículo, pensé en mi interior que si entonaba algo incorrecto, hubiera incurrido en una ofensa a vuestra dignidad; por eso me dispuse a cantar lo que corresponde a ese responsorio según la costumbre". Entonces el prudente emperador, con una amplia sonrisa, en presencia de todos los nobles, le contestó: "Ese soberbio, que no temió ni a Dios ni honró a su principal amigo, como para refrenarse de los placeres por una sola noche, no concurriendo para cantar el responsorio que, según oigo, debía entonar, por juicio divino y por mi propio juicio no ha de tener el episcopado y tú, ordenándolo Dios y concediéndolo yo, gobernarás ese episcopado de acuerdo con la autoridad canónica y apostólica".

6. Habiendo fallecido otro pontífice, el emperador nombró en su lugar a cierto joven. Este se preparó alegremente para partir y sus ayudantes le aproximaron las gradas para que subiese a su caballo. Se indignó el joven de que lo tratasen como a alguien débil, e intentó subir al caballo desde el suelo. Lo hizo con un salto de tal fuerza que casi cae del otro lado del animal. El rey vio esto desde una ventana del palacio. Ordenó entonces que llevasen al joven ante él y le dijo: "Hombre bueno, eres rápido y ágil, ligero y capaz de saltar; como bien lo sabes, la calma de nuestro Imperio se ve turbada a menudo por muchos torbellinos de guerras y por eso necesito un clérigo como tú en mi comitiva. Permanece, pues, para colaborar en nuestras tareas, ya que eres tan rápido para subir a un caballo".
7. Si me olvidé de decir algo sobre el ordenamiento de las lecciones y los responsorios en la iglesia, lo voy a mencionar aquí brevemente. Nadie en la

iglesia el doctísimo Carlos le ordenó a alguien recitar las lecciones y nunca hizo, salvo alguna que otra vez, una señal con sus dedos al término de las mismas. Todos tenían siempre tanta preocupación por lo que debían leer, que cuando a alguien se le ordenaba repentinamente leer algo, este trataba de no merecer ningún reproche. Con su dedo o su bastón extendido hacia adelante o hacia un costado señalaba al que quería que efectuase la lectura. El fin de la lectura lo señalaba de viva voz. Todos estaban atentos y en suspenso por si terminada una lección o en la mitad de ella o en una parte cualquiera de ella hacía una señal. Nadie se atrevía a intentar suspender la lectura o comenzar a leer fuera del punto indicado, aunque ese punto pareciese ilógico para comenzar o terminar. Y así sucedió que en su palacio todos fuesen lectores aunque no comprendiesen lo que leían. Nadie, aunque fuese una persona notable, podía formar parte de su coro si no sabía leer y cantar.

8. En uno de sus viajes llegó Carlos a una gran basílica y cierto clérigo de entre los circunceliones, ignorante de la disciplina de Carlos y que nunca había pertenecido al coro, permaneció mudo y mentalmente ausente en medio de los que cantaban. El director del coro lo señaló con su bastoncillo intimándolo a que cantase. Entonces el tal clérigo, no sabiendo qué hacer ni adónde dirigirse ya que no se atrevía a salir afuera, movió la cabeza en forma de círculos y abrió sus mandíbulas imitando la acción de cantar. Todos los restantes no podían contener la risa, pero el muy fuerte emperador, que ni en las más difíciles circunstancias perdía el control de sí mismo, como si no hubiese advertido esos gestos de imitación de canto, ordenó el fin de la ceremonia. Luego que se le acercara ese mísero clérigo, trató de consolarlo de esta manera: “Te doy las gracias, mi buen clérigo, por tu canto y tus esfuerzos”. Y para aliviar su pobreza ordenó que se le diese una libra de plata. Y para que no parezca que me olvido de algo o paso algo por alto, quiero mencionar que de su habilidad y de sus méritos supe también lo siguiente: que no hubo nadie de entre sus discípulos que no hubiese llegado a ser un santísimo abad o un santísimo obispo. Por uno de ellos mi señor G. fue instruido en las artes liberales, primero en la Galia y luego en Italia. Y para que no acusen de mentiroso quienes conocen de esas cosas, por excluir a alguien, digo que estuvieron en su escuela dos hijos de

molineros de la familia de san Columbano, que como no era conveniente que fueran elevados a un cargo abacial o a un episcopado, sin embargo, por los méritos, como se cree, de su maestro, uno después de otro fueron prepósitos destacados del monasterio de Bobbio.

9. El muy glorioso Carlos, contemplando el florecimiento de los estudios literarios en todo su reino, pero dolido porque no llegaba a la madurez de los antiguos padres y sintiéndose mortalmente afligido exclamó en alta voz: "¡Ojalá tuviese doce clérigos tan doctos como fueron Agustín y Jerónimo!". A esto el doctísimo Albino, juzgándose con toda razón muy indocto en comparación con ellos, en una medida en la que ninguno de los mortales se hubiera atrevido en la presencia del terrible Carlos, con gran indignación interior y algo manifestada en lo exterior, respondió: "El creador del cielo y de la tierra no tuvo muchos semejantes a ellos y tú quiere tener doce?".

10. Me parce bien referir aquí algo que los hombres de nuestro tiempo difícilmente pueden creer y yo mismo, que esto escribo, todavía no puedo creerlo del todo, debido a la diferencia entre el tipo de canto de los romanos y de los nuestros, a no ser porque debemos creer más en la verdad de los padres que en la falsedad de la ignorancia moderna. Es así que Carlos, incansable amante del servicio divino, alegrándose de ver cumplido en la medida de lo posible su deseo de haber instalado el cultivo de las letras, pero sabiendo que todavía había diferencias en todas las provincias en el modo de cantar las alabanzas divinas, se preocupó por pedirle al papa Esteban, de santa memoria, que le enviase algunos clérigos peritos de los cantos divinos, ya que él mismo, habiendo sido destronado y tonsurado el muy inexperto rey de los francos Childerico, lo había ungido para el gobierno del reino según la costumbre de los antiguos padres. El papa dio con bondad su consentimiento a este pedido dado por inspiración divina y envió a Francia desde la sede apostólica, igualando el número de los doce apóstoles, a doce clérigos muy doctos en el canto religioso Al nombrar a Francia estoy indicando todas las provincias cisalpinas porque, como está escrito: *En aquel día tomarán diez varones de todas las lenguas de los gentiles la orla del varón judío*. En ese tiempo, debido a la excelencia del muy glorioso

Carlos, los galos, los aquitanos, los eduos, los hispanos, los alamanes y los bávaros sentían no poca gloria el considerarse bajo el poder de los francos. Cuando los mencionados clérigos salían de Roma, dado que siempre los griegos y los romanos envidiaban la gloria de los francos, discutieron entre ellos acerca de cómo los francos podían haber introducido tantas variaciones en el canto de modo que no hubiese unidad en las provincias del reino. Cuando llegaron hasta Carlos fueron recibidos honoríficamente y enviados a los lugares más importantes, encontrándose ellos las más diversas formas de canto. Se esforzaron entonces por demostrar y enseñar a los otros lo que ellos cantaban. El muy inteligente rey Carlos en cierto año celebró las festividades de la Natividad y la Aparición del Señor en Tréveris y en Metz y escuchó con mucha atención y penetración la melodía de los cánticos. Al año siguiente asistió a las mismas solemnidades en París y en Tour y allí no escuchó las mismas melodías que había escuchado el año anterior. Advirtió que los enviados a distintos lugares estaban en discordancia. Le informó sobre esto al papa León, de santa recordación, sucesor de Esteban. Este los convocó a Roma y los condenó o al exilio o a cárcel perpetua y le comunicó al ilustre Carlos: "Si te envío otros tan ciegos como los anteriores no dejarían de burlarse de ti. Pero trataré de satisfacer tus deseos de esta manera: envíame de tu corte dos clérigos inteligentes y hábiles, de modo que los que están conmigo no adviertan que te pertenecen a ti y conseguirán, con el favor de Dios, el conocimiento que buscas". Así se hizo. Poco tiempo después, muy bien instruidos, regresaron junto a Carlos. A uno lo retuvo consigo y al otro, por pedido de su hijo, lo envió a la iglesia de Metz, donde era obispo Trugo. Fue este tan capaz que su enseñanza no solo floreció en ese lugar, sino que empezó a propagarse por toda Francia con tanto fruto que entre todos los que usan la lengua de los francos ese tipo de canto eclesiástico es apodado metense. Entre nosotros, que hablamos la lengua teutónica o tedesca, se dice *met* o *mete* o, según la derivación griega, *mettisca.*

11. El muy religioso y moderado Carlos tenía la costumbre en los días de Cuaresma de tomar algún alimento en la hora octava del día, después de la celebración de la misa y la ceremonia de las Vísperas. De este modo no violaba el ayuno pues así, según el precepto del Señor, tomaba alimento desde esa hora hasta la hora

nona. Un cierto obispo, con justicia pero con necedad lo reprendió inoportunamente. El muy sabio Carlos, disimulando su indignación, recibió humildemente ese reproche, diciendo: "Has hecho bien en advertirme esto, dignísimo obispo, y yo te ordeno que no comas nada hasta que lo hayan hecho los últimos oficiales de mi corte". Cuando comía Carlos lo servían los duques, jefes o reyes de las diversas gentes. Después de haber comido el emperador, comían estos y los servían los condes y prefectos y los líderes de diversas dignidades. Cuando estos terminaban de comer recibían alimento los militares y docentes. Después de estos, los encargados de oficios, luego los servidores y más tarde los servidores de los servidores, de modo que los últimos no comían hasta la medianoche. Estando ya a su término la Cuaresma y habiendo cumplido hasta entonces su castigo el mencionado obispo, el clementísimo Carlos le dijo: "Creo que has comprobado, obispo, que en la Cuaresma yo como antes de la hora vespertina no por intemperancia sino por providencia".

12. Habiéndole pedido a otro obispo la bendición, este bendijo el pan y primero comió él y luego se lo ofreció al emperador; este le dijo: "Todo ese pan es para ti". Dejándolo confundido, no quiso recibir su bendición.

13. El muy prudente Carlos nunca concedió más de un condado sino alguna que otra vez a aquellos condes que estaban constituidos en los límites o en los confines de los bárbaros; y a ningún obispo le concedió una abadía o iglesia pertenecientes al reino a no ser por causas muy especiales. Cuando sus consejeros o familiares le preguntaban sobre esto respondía: "Con ese distrito, esa corte, esa abadía o esa iglesia tengo un vasallo fiel tan bueno o mejor que un conde o un obispo". Por ciertas causas hay algunos a quienes les concedió muchas cosas, por ejemplo a Odalrico, hermano de Hildegarda, madre de reyes y emperadores. Habiendo sido este, por algún hecho cometido, privado por Carlos de ciertos honores, después de la muerte de Hildegarda, cierto bufón llevó esta queja a oídos del emperador: "Odalrico ha perdido sus honores en Oriente y Occidente, una vez muerta su hermana". Ante estas palabras Carlos se llenó de lágrimas y ordenó que al instante le fueran restituidos tales honores.

En forma ostensible también tuvo muy abiertas sus manos para con los lugares santos, como se verá a continuación.

14. Estando Carlos en camino hacía un cierto episcopado por el que necesariamente debía pasar, el obispo de ese lugar, deseoso de halagarlo, dispuso cuantas cosas pudo en su obsequio. Pero habiendo llegado en otra ocasión el emperador inesperadamente a ese mismo lugar, ese mismo obispo, conturbado, volaba de acá para allá como una golondrina, haciendo limpiar las iglesias, las casas y hasta las plazas, y llegó luego, cansado y humilde, hasta el emperador. Al verlo, el muy piadoso Carlos, moviendo la vista de un lado a otro, le dijo al obispo: "Siempre, óptimo anfitrión, cuidas que todo esté limpio a nuestra llegada". Y el obispo, abrazando y besando la augusta diestra y disimulando en cuanto podía su confusión, dijo: "Es justo, señor, que adondequiera lleguéis, todo esté completamente limpio". Entonces el más sabio de los reyes, entendiendo significar otra cosa, le dijo: "Sé vaciar, pero también sé llenar". Y añadió: "Poseerás el distrito próximo a tu obispado y lo mismo perpetuamente tus sucesores".

15. En el mismo viaje pasó inopinadamente por un episcopado que quedaba en el trayecto. Como ese día era viernes, no quiso comer carne de cuadrúpedos o de aves. El obispo no consiguió obtener pescado y entonces ordenó servirle un muy buen queso untado con grasa de perros. El prudentísimo Carlos, siempre atento a todo en todos los sitios, para no avergonzar al obispo no pidió ninguna otra cosa. Tomó el cuchillo y retiró lo que le parecía producto de corrosión y se alimentó con el queso. El obispo, que permanecía atento al estilo de un servidor, se acercó y le dijo: "¿Por qué hiciste eso, mi señor emperador? Lo que has retirado es una comida excelente". Entonces el emperador, que no sabía engañar ni dejarse engañar por nadie, ante la palabra del obispo tomó un poco de esa grasa y la llevó a la boca degustándola y tragándola como si fuese manteca. Aceptando el consejo del obispo, le dijo: "Has dicho la verdad, noble anfitrión". Y añadió: "No dejes de enviar todos los años a Aquisgrán dos carradas de esos quesos". El obispo se vio consternado ante ese pedido porque le parecía imposible cumplirlo y como si estuviera en peligro su cargo y su ministerio sugirió: "Señor, puedo conseguir quesos pero desconozco su calidad, si son

buenos o no. y temo ser reprendido por vos". Entonces Carlos, a quien ninguna cosa desusada o desconocida se le podía escapar, le respondió al obispo, que solía comerlos de buena calidad pero era ignorante acerca de esas cosas: "Pártelos a todos por el medio y cuando veas que son de buena calidad, los unes con una madera con puntas, los pones en una cuba y me los mandas; los otros los guardas para ti y el clero o para tu familia". Esto se hizo por dos años y el rey ordenó recibir con discreción esos obsequios. Al tercer año vino el mismo obispo personalmente esforzándose por traer los obsequios por un largo camino. Entonces el rey, siempre equitativo, quiso compensarlo y a ese obispado le asignó un predio de óptima calidad del cual el obispo y sus sucesores pudieran obtener trigo y vino para ellos y los suyos.

16. Ya que hemos narrado cómo el sapientísimo Carlos exaltaba a los humildes, voy a referir ahora el modo con el que humillaba a los soberbios. Había un cierto obispo muy deseoso de vanagloria y vacuidades. Carlos, con gran sagacidad lo descubrió y le ordenó a un mercader judío que iba a menudo a la tierra de repromisión, trayendo de allí muchas cosas preciosas y desconocidas a nuestras provincias, que se presentase a dicho obispo y lo engañase, burlándose de él. El mercader judío tomó un ratón común y lo impregnó con diversas sustancias aromáticas y se lo ofreció en venta a dicho prelado diciéndole que había traído de Judea ese animalito precioso y nunca visto. Lleno de alegría el obispo le ofreció tres libras de plata para obtener ese precioso objeto. Entonces le dijo el judío: "¡Tan escaso precio por tan precioso animalito! Antes lo arrojo al mar que dárselo a alguien por tan vil precio". El obispo, que poseía mucho dinero y nada le daba a los pobres le ofreció diez libras para conseguir esa cosa incomparable. Entonces el astuto mercader, disimulando su indignación exclamó: "¡No permita el Dios de Abraham que así pierda yo mi trabajo y el costo del transporte!". Entonces el clérigo avaro le propuso entregarle veinte libras. El judío, mostrándose confundido envolvió al ratón en seda y comenzó a retirarse. El obispo, decepcionado y sin saber que estaba siendo engañado, lo llamó y le dio un modio lleno de plata para adquirir tan precioso objeto. Finalmente el mercader ante tantos ruegos recibió la plata y fue a llevársela al emperador contándole todo lo sucedido. Después de no muchos días el rey convocó a todos

los obispos y nobles de esa misma provincia a una reunión y allí, después que se trataron muchos asuntos necesarios hizo traer toda aquella plata al medio del palacio. Entonces habló: “Vosotros, los obispos, que sois padres providentes, a los pobres, o, más aún a Cristo en los pobres, debéis servirlos y no dedicaros a vanidades. Por el contrario, os consagráis a la vanagloria y la avaricia más que los otros mortales”. Y añadió: “Uno de vosotros le entregó a un cierto judío gran cantidad de plata por un ratoncito común impregnado con pigmentos. El que había sido víctima de ese engaño corrió a echarse a sus pies pidiendo perdón. El emperador, después de un digno reproche, le permitió retirarse.

17. Estando Carlos, siempre valiente guerrero, en campaña contra los hunos, este mismo obispo fue designado para custodia de la gloriosísima Hildegarda. Con ese trato familiar cobró más ánimo y a tanto llegó su protervia que, en los días festivos, se hizo llevar el bastón de oro del incomparable Carlos para usarlo en lugar de su báculo episcopal. La reina, engañándolo astutamente, le dijo que ella no se animaba a darle ese bastón a cualquiera pero que ella misma le haría llegar ese pedido al rey. Cuando llegó este, ella jocosamente le sugirió lo que el desatinado obispo había solicitado. El rey asintió alegremente a su pedido y le prometió más aún que lo que había solicitado. Estando reunida gente de casi toda Europa para agasajar a Carlos, gran triunfador sobre una nación tan poderosa, pronunció estas palabras ante grandes y humildes: “Los obispos debieron despreciar las cosas de este mundo, estimulando a todos con su ejemplo para buscar las cosas celestiales. Pero han sido tan corrompidos, más aún que todos los mortales por las cosas de este mundo, que alguno de ellos, no contento con el episcopado que posee en una sede primada de Germania, quiso tener para sí, sin saberlo nosotros, el cetro de oro que solemos emplear como símbolo de nuestro gobierno en lugar de su báculo pastoral”. El reo reconoció su culpa y se retiró, habiendo obtenido el perdón.

18. Mucho me temo, señor emperador Carlos, que mientras procuro cumplir tu mandato, pueda ofender a algunos, especialmente de entre los más altos pontífices. Sin embargo, tales grandes personajes no me causan preocupación mientras goce de tu protección. Había ordenado el muy religioso emperador

Carlos que todos los obispos en la gran extensión del reino, antes del día que él mismo había predeterminado, predicaran en las basílicas de cada sede eclesiástica y que quien no lo hiciere fuese privado de su dignidad eclesiástica. Pero ¿por qué hablo de dignidad? San Pablo dijo, *Si alguien desea el episcopado desea una carga importante.* Pero confieso que verdaderamente se busca en el episcopado más el honor que una carga importante. El mencionado prelado, aterrorizado ante esa orden, no sabiendo otra cosa más que cometer delitos y mostrarse soberbio, temía que si era privado del obispado se vería impedido de seguir con su vida lujuriosa. Para el día festivo había invitado a dos importantes enviados del palacio del emperador. Después de la lectura del Evangelio subió al ambón como para predicar ante el pueblo. Ante una cosa tan inesperada todos se llenaron de admiración, salvo un pobrecillo pelirrojo que, teniendo vergüenza por el color de su cabello y no teniendo un gorro, se había cubierto la cabeza con su sandalia. El obispo le ordenó entonces al ostiario, como se llamaban los porteros entre los romanos, que era su secuaz: "Que venga hasta mí ese hombre con un gorro que está en la puerta de la iglesia". Se apresuró este a cumplir la orden del señor y, tomando a ese pobre miserable intentaba arrastralo hacia el obispo. Temiendo este un grave castigo por haber entrado en la iglesia con la cabeza cubierta, se resistía con todas sus fuerzas como si lo estuviesen llevando ante el tribunal de un juez severísimo. Entonces el obispo, desde lo alto del ambón, dirigiéndose ahora a ese miserable vasallo, exclamó en voz muy alta: "'¡Déjate aferrar y no te sueltes! Quieras o no debes acercarte". Cuando el mísero vasallo, por miedo o por fuerza estuvo cerca, el obispo le dijo: "Acércate más. Acércate más". Entonces le arrebató lo que tenía en la cabeza y exclamó ante el pueblo: "Ya lo veis. Este miserable es pelirrojo". Y vuelto al altar efectuó la consagración o simuló hacerla. Terminada así esa ceremonia, se dirigió a un salón ornado con variados tapices y palios donde estaba servido un opíparo banquete, con vasos de oro y plata con incrustaciones de piedras preciosas, como para satisfacer el deseo de placer y lujuria de los asistentes. El obispo estaba reclinado sobre suavísimas plumas recubiertas con seda, vestido él con púrpura imperial, de modo que nada le faltaba excepto el cetro y el título real; tenía una numerosa custodia de soldados ricamente ataviados a tal punto que los nobles en el palacio del muy invicto Carlos resultaban viles en

comparación con estos. Cuando llegó el momento de que los invitados se retirasen de ese banquete inusual hasta para los reyes, para demostrar más aún su magnificencia y su gloria, hizo entrar a los más expertos maestros del canto con toda clase de instrumentos musicales, con el sonido de cuyas voces se suavizaban las más duras cuerdas y se ponía rígido el flujo de las aguas del Rin. Se sirvieron las más diversas clases de bebidas mezcladas con los más variados pigmentos y sabores de hierbas y flores, en vasos resplandecientes de oro y pedrería, que se iban calentando ya en las manos, dado que los estómagos estaban saturados. Los panaderos, los carniceros, los cocineros y los polleros preparaban exquisiteces para satisfacer la gula de vientres ya llenos con manjares no conocidos en la mesa del gran Carlos. A la mañana siguiente, el obispo ya había recobrado un tanto su sobriedad y dejando el lujo que había exhibido la noche anterior ante los enviados del emperador, ordenó que estos fueran llevados a su presencia; los honró con grandes presentes y los comprometió a que al terrible Carlos le refirieran acerca de él todas cosas buenas y modestas, y cómo había predicado públicamente en la iglesia en presencia de ellos. Habiendo ellos regresado ante el emperador, este los interrogó acerca de por qué ese obispo los había convocado. Se echaron a los pies del emperador y le dijeron: "Señor, para honrarnos en vuestro nombre muy por encima de nuestros merecimientos". Y añadieron: "Te es muy fiel a ti y a todos los tuyos. Es un óptimo obispo y muy honorable en su sacerdocio. Si te dignas creerle a nuestra mezquindad, le confesamos a tu sublimidad que lo hemos oído predicar con gran oratoria". El emperador, conocedor de su impericia les preguntó acerca del modo de su predicación, ellos no se atrevieron a engañarlo y le refirieron todo ordenadamente. Entendiendo entonces que por temor hacia él había intentado predicar algo para no faltar a su mandato, el emperador le permitió seguir en el pontificado por más que fuese indigno.

19. Después de no mucho tiempo, cierto joven, pariente del emperador, cantó muy bien el *alleluia* en cierta festividad. El emperador le dijo entonces a ese mismo obispo: "Bien ha cantado ese clérigo nuestro". En su necedad, el obispo creyó que el emperador había dicho eso bromeando y no sabiendo que el joven era su pariente, dijo: "Así suelen cantarle los bueyes a los agricultores en el trabajo".

Ante esa respuesta tan inapropiada la mirada fulminante del emperador lo postró al obispo en tierra.

20. Hubo otro obispo de una ciudad muy pequeña que, mientras estuvo en su carne mortal, no buscó ser tenido como intercesor ante Dios a la manera de los apóstoles y los mártires, sino que pretendía recibir honores gracias al culto divino. Trataba de ocultar esta soberbia haciéndose llamar santo de Dios, para no ser confundido con los abominables ídolos de los gentiles. Entre sus conciudadanos había uno de sus vasallos, de no escasa nobleza, que no recibía de ese obispo no solo ningún beneficio, sino ni siquiera una palabra amable. No sabiendo este qué hacer para aplacar ese mal ánimo del obispo para con él, pensó que si el obispo podía comprobar que él había obrado algún milagro en su nombre, conseguiría obtener su favor. Se dispuso a ir desde su casa al obispado y tomó en sus manos dos hembritas de galgo que por su agilidad fácilmente atrapan zorros y otros pequeños animales pero se les escapan las codornices y otras aves que levantan vuelo rápidamente. En el camino los galgos ven a una zorra acosando a ratones y calladamente se entrometen. Con gran rapidez se lanzan tras la zorra y la alcanzan en el espacio de un tiro de flecha. Él mismo se lanza corriendo tras los galgos y les arrebata la zorra, salvándola viva de sus dientes y de sus uñas. Ocultó los galgos como pudo y alegremente le presenta ese regalo al obispo, diciéndole: “He aquí, Señor, lo que yo, en mi pobreza, pude conseguir”. El obispo, sonriendo, le preguntó cómo había podido atraparla sana. El hombre se acercó un poco más y juró por la salud de su señor que no le iba a ocultar la verdad. Continuó: “Iba cabalgando por el campo y vi no lejos a esta zorra. Solté las riendas y me lancé tras ella. Como huía tenazmente y la estaba por perder de vista, con la mano en alto la conjuré diciendo: ‘en nombre de mi señor Recho, ¡detente y no te muevas!’. Como si se la hubiera sujetado con cadenas se quedó fija en el suelo y la recogí como si hubiese recogido un huevo”. Entonces el obispo, enorgullecido, dijo en presencia de todos: “Ahora queda en evidencia mi santidad; ahora sé quién soy; ahora conozco lo que seré”. Desde ese día, a ese hombre antes odiado lo trató con más amor que a sus propios familiares.

21. Dado que se presenta la ocasión, no me parece fuera de lugar consignar por escrito algunas otras anécdotas ocurridas en estos tiempos. Había un cierto obispo en la nueva Francia de gran santidad y abstinencia e incomparable liberalidad y misericordia. Envidioso de su bondad el antiguo enemigo de toda justicia le infiltró un deseo tan grande de comer carne en los días de Cuaresma que pensaba que se iba a morir al día siguiente si no se alimentaba con esa comida. Fue confortado finalmente con el consejo de santos y venerables sacerdotes de alimentarse con carne en atención a su salud y luego practicar la abstinencia durante el resto del año. Para no desobedecerles y no parecer poner en riesgo su vida, cedió a la autoridad de estos consejeros y, urgido por la necesidad, llevó un poco de carne de cuadrúpedos a la boca. Cuando comenzó a masticar y sentir suavemente ese gusto en el paladar, sintió tal odio y desprecio no solo de las carnes sino de todas las comidas, e incluso tanto cansancio de la vida presente, que sufrió un gran deterioro de su salud y ya no quería comer ni beber más, ni podía ya poner su esperanza en el Salvador de los que están perdidos. Estando en la primera semana de la Cuaresma, le sugerían los mencionados padres que, sabiendo que estaba siendo engañado por la astucia diabólica, se esforzara por disminuir o eliminar ese pecado con una mayor contrición del corazón, más fuertes ayunos y una mayor largueza en las limosnas. Él, que tenía una óptima formación, acatando esos consejos, para confundir la malicia del diablo y lograr el perdón de su falta ante quien puede restituir la inocencia, se sometió a ayunos de dos o de tres días, evitando dormir, sirviendo diariamente a los pobres y peregrinos, lavándoles los pies y la ropa, y ofreciéndoles dinero en la medida de sus posibilidades y, queriendo aún hacer más, en el sábado santo de la Pascua pidió en toda la ciudad numerosos barriles ofreciéndoles a los indigentes baños calientes desde la mañana hasta la tarde, afeitándolos curando sus llagas purulentas con sus propias manos en los cuerpos hirsutos, untándolos con cremas y vistiéndolos con ropas limpias. Cuando el sol se estaba acercando al ocaso y ya no quedaba nadie que necesitase esa atención, entraba él al baño y saliendo con la conciencia purificada se revestía con paños muy limpios para celebrar ante el pueblo las ceremonias que corresponden a los santos obispos. Cuando ya estaba en marcha hacia la iglesia, el astuto adversario, queriendo violar su propósito y demostrar que contra su

promesa había dejado sin limpiar a algún pobre, tomó el aspecto de un repugnante y asqueroso leproso, cubierto de llagas, cubriendo apenas con un paño sus pestilencias. Con paso tembloroso y voz enronquecida, se acercó a la entrada de la iglesia y se cruzó delante del obispo. Entonces el santo obispo, por inspiración divina de que advirtiera que estaba por sucumbir ante ese enemigo, hizo calentar agua y que el miserable fuera sumergido en ella. Tomó una navaja y comenzó a rasurarlo. Lo hizo desde una oreja hasta el medio y luego desde la otra hasta el mismo sitio. Pero al llegar a ese sitio notó que las mechas anteriores estaban extrañamente más largas que antes. No cesando de realizar ese trabajo de repente, me horroriza decirlo, entre las manos del obispo apareció un ojo de gran magnitud. Aterrorizado el obispo ante tal monstruosidad se apartó y se hizo la señal de Cristo. Ante esa invocación, el fraudulento enemigo ya no pudo esconder su falacia y, desvaneciéndose como el humo, exclamó: "Este ojo te vigilaba cuando comías carne en Cuaresma".

22. En esa misma región había también otro obispo de incomparable santidad. Este, con una incauta seguridad, ignorante del sexo femenino, se permitía reunirse, con motivo de enseñanza, con las jóvenes monjas al igual que con los sacerdotes mayores. En la fiesta de Pascua, terminado el oficio divino, que se extendió hasta después de la medianoche, degustó gran cantidad de vino alsaciano y del aún más fuerte falerno y se sintió luego suavemente atraído por el bellísimo rostro de una mujer y sus gestos de invitación al sexo. Cuando todos se retiraron, la llevó a su lecho y allí tuvo una relación lujuriosa. A la mañana siguiente se levantó temprano y fue al río a lavar esa falta al modo de los gentiles, sintiendo su conciencia manchada ante los ojos de Dios. Cuando más tarde ya cantadas las melodías de acuerdo con su ministerio él debía entonar el himno angélico, sintió temor y enmudeció. Puso sobre el altar las vestiduras del sagrado ministerio y, dirigiéndose al pueblo, confesó su culpa. Luego corrió a las gradas del altar y se dejó regar por un incontenible flujo de lágrimas. El pueblo lo instó y lo conminó con juramento a levantarse porque no quería que la misa fuese celebrada por otro que no fuera su legítimo pastor. Él no podía moverse de ese lugar y así estuvo por espacio de tres horas. Finalmente, por clemencia del Creador, unida a los deseos del pueblo y el corazón contrito del obispo, este, yaciendo en el

suelo se revistió con los ornamentos sagrados y sintiéndose seguro del perdón celebró los sagrados ritos. Dio así ejemplo de una verdadera penitencia y una constante cautela, animado misericordiosamente en este siglo donde siempre toda seguridad es vana.

23. También en la Francia llamada antigua, hubo alguien tan impasible que cuando en un cierto año se produjo una insólita esterilidad con respecto a todos los productos de la tierra que asoló a todo el orbe, ese hombre avaro se alegraba de hacer negocios con todos los mortales, incluso con los moribundos, vendiendo a precios muy altos la mercadería de sus depósitos. Entonces, el demonio de los bosques que se entretenía con las ridículas ilusiones de los hombres, tomó por costumbre ir a la casa de cierto herrero y jugar por las noches con sus martillos en el yunque. Cuando el dueño de casa se hizo la señal de la cruz para protegerse a sí mismo y a los suyos, el velludo le respondió: "Mi compadre, si no me impides que juegue en tu taller pon aquí una escudilla y todos los días la vas a encontrar llena. Entonces el mísero herrero, temiendo más una penuria corporal que un castigo eterno, obró según el pedido del adversario. Entonces este entró en su bodega y cargó una gran vasija de vino, derramando el resto en el suelo. Habiendo de este modo ya vaciado varias cubas, el obispo advirtió que eso era causado por los demonios. Roció la bodega con agua bendita y la protegió con la señal de la invicta cruz. Al llegar la noche el astuto satélite del ladrón antiguo llegó con su vasija pero no se atrevió a tocar las cubas de vino que tenían impresa la santa cruz. y, sin embargo, tampoco pudo salir, porque, estando con apariencia humana fue encontrado y detenido por el custodio y llevado como ladrón para ser públicamente azotado. En medio del castigo exclamaba: "Ay de mí, ay de mí, que he pedido la escudilla de mi compadre". Esto, que es una verdadera historia, lo he narrado, para que se sepa lo que ocurre con esos pactos con el diablo en tiempos de necesidad y cuánto vale la invocación del nombre divino, aun empleado por quienes no son buenos.

24. Cuando pongo mis ojos en la cabeza de los francos y recorro sus miembros con la vista, a los más altos y más bajos de otros pueblos los dejo a mi espalda. Pero ahora debo tratar de nuestros vecinos los ítalos, de los que estamos separados

solo por una pared. Había allí un obispo muy amante de crueldades. Habiendo el diablo advertido esto, se presentó con apariencia humana a un cierto pobre que, sin embargo, estaba lleno de avaricia. Le prometió que podría conseguir no poca riqueza si establecía un vínculo perpetuo de sociedad con él. El pobre no se negó. Entonces le dijo: "Me convierto en un elegantísimo mulo. Tú te montas en él y te diriges a la corte del obispo. Él va a comenzar a desear el mulo; tú empieza a retirarte, no aceptes el precio que te ofrezca, exagera tu indignación y empieza a marcharte. Él te va a hacer seguir y te prometerá mucho dinero. Finalmente, después de muchos ruegos y la oferta de mucho dinero, entrégale el mulo. Luego huye y busca algún escondite. Hecho este trato el obispo en su ansiedad no pudo esperar hasta el día siguiente. Lo montó velozmente al calor del mediodía y se paseaba con soberbia por la ciudad; se dirigía al campo para correr y al río para refrescarse. Lo seguía gente de toda edad para contemplar su marcha majestuosa, su carrera veloz, su nado al estilo de los delfines; pero entonces el antiguo Belial, no soportando más las riendas y el freno, sintiendo en sí el fuego de la Gehena, se arrojó a un precipicio arrastrando consigo al obispo. Este apenas pudo ser sacado por la fuerza de los militares y la habilidad de los pescadores que estaban navegando en las cercanías.

25. El adversario, perito en insidias, suele poner lazos ocultos en el camino por donde estamos marchando y no deja de plantar ya uno ya otro obstáculo. A cierto obispo, cuyo nombre debe callarse en este tema, se le imputaba el delito de fornicación. Esta noticia ya se había divulgado entre el pueblo y llegó a oídos del obispo de los obispos, el religiosísimo Carlos. Este, con mucha inteligencia, disimulando el tema con palabras frívolas, por un tiempo no quería prestar fe a esa noticia. Pero la fama, más veloz que cualquier otro mal, se transforma de un ratón en la más veloz de las águilas y ya nadie pudo ocultar ese delito. Carlos, siempre muy estricto inquisidor de la justicia, envió a dos funcionarios del palacio a un lugar próximo a esa ciudad para que a la mañana temprano se presentasen a ese obispo y le pidiesen que les celebrase la misa y que si se negaba, lo obligaran en su nombre a que personalmente celebrara los santos misterios. El obispo no sabía qué hacer, porque a los ojos del supremo Creador esa noche había pecado pero no se atrevía a ofender a los funcionarios del rey.

Temiendo más a los hombres que a Dios, refrescó sus miembros ardientes con agua fresca y procedió con terror a celebrar la misa. Pero he aquí que sea porque su corazón se quebró ante su conciencia o porque el agua le penetró demasiado en su interior, fue presa de un frío tan grande que ninguna atención de los médicos pudo aliviar y una cruel sucesión de fiebres lo llevó a la muerte, obligado a entregar su alma por severo decreto del eterno e inflexible juez.

26. Todos los mortales, acosados por estas ilusiones engañosas del diablo o sus satélites, tienen que escuchar la sentencia del Señor, que, respondiendo a la firmísima confesión de Pedro, dijo: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella,* que en estos días tan peligros y perversos ha de permanecer incólume. Como entre los émulos siempre se esparce la envidia, se hizo consuetudinario entre los romanos que todos los de alguna importancia que eran convocados temporariamente a la sede apostólica prontamente fuesen mal vistos o tuviesen que sentirse inseguros. Sucedió que algunos, ciegos de envidia, le imputaron un delito mortal al papa León, de santa recordación y de quien ya anteriormente hemos hecho mención, e intentaron privarlo de la vista. Por decisión divina sintieron terror y no le pudieron dañar los ojos sino que lo hirieron con sus navajas. Este le hizo saber el caso, por decisión de sus familiares, a Miguel, emperador de Constantinopla, pero él se negó a enviar ayuda, diciendo: "Él es papa y tiene un reino de más prestigio que el nuestro. Él puede por sí mismo defenderse de sus adversarios". Entonces, ese santo varón siguiendo la constitución divina, puesto que era rector y tenía el imperio de muchas naciones, teniendo el glorioso título de césar augusto por autoridad apostólica, le rogó al invicto Carlos que se acercara a Roma. Este, a pesar de estar siempre ocupado en acciones bélicas, inmediatamente se puso en camino, él, cabeza del orbe, hacia la ciudad que había sido alguna vez cabeza del orbe, acompañado por sus funcionarios y su guardia militar, ignorando casi por completo la causa de su llamado. Cuando esos malhechores miserables se enteraron de esta inesperada marcha del rey, así como los pájaros suelen ocultarse de la mirada de quien puede llamarse su amo, así estos se refugiaron en escondites y refugios ocultos, Pero no pudieron evitar la habilidad y sagacidad del emperador. Fueron capturados y llevados

encadenados a la basílica de san Pedro. Allí, el intachable padre León tomó el Evangelio de nuestro señor Jesucristo y lo puso sobre su cabeza y en presencia de Carlos y su comitiva y estando también presentes sus perseguidores, juró pronunciando estas palabras: "Que yo sea así partícipe del Evangelio en el día del juicio final como que soy inmune del delito de que falsamente me acusaron estos infames". Y luego el severo Carlos les dijo a los suyos: "Vigilen para que ninguno de ellos pueda evadirse". Todos los detenidos fueron condenados a muerte o a un irrevocable exilio. Carlos se detuvo allí algunos días para reorganizar el ejército y posteriormente el pontífice apostólico convocó a la mayor cantidad posible de gente de las poblaciones vecinas y ante ellos y ante los invencibles miembros de la comitiva del muy glorioso Carlos, sin que él lo esperara, lo proclamó emperador y defensor de la Iglesia romana. Él no se pudo negar a esto porque lo creía hecho por inspiración divina, pero, sin embargo, no lo aceptó como algo muy agradable porque sospechaba que los griegos se llenarían de envidia y maquinarían algo contra los francos y se mostrarían muy cautelosos previendo que, como corría la fama, Carlos quisiese someter a su dominio el reino de ellos. Principalmente, porque ya con anterioridad el magnánimo Carlos, cuando habían acudido a él legados del rey de Bizancio y lo interrogaron acerca de su dominio, respondió que deseaba ser amigo de ellos y si fuesen vecinos más cercanos él los tendría como hijos y trataría de aliviar su pobreza; pero no pudiendo retener el fuego en su pecho, exclamó: "¡Ojalá no existiese esa pequeña grieta entre nosotros! Tal vez así pudiéramos dividirnos las riquezas orientales y participar de ellas en común!". ¡Es lo que suelen decir sobre las riquezas del rey de África los que ignoran la pobreza de los africanos! De tal manera probó la inocencia del papa León el donante y restituidor de la salud, que después de aquella cruel incisión tuvo los ojos con mucha mayor claridad que antes. Como señal de aquel hecho le quedó una hermosa cicatriz que decoraba como un fino hilo con la blancura de la nieve sus ojos de color verdoso.

27. Para no ser acusado de impericia por quienes son imperitos, porque el emperador haya llamado al mar una pequeña grieta, debemos saber que entre nosotros y los griegos todavía existen por tierra firme los hunos, los búlgaros y

otras muy crueles naciones intactas e íntegras. Posteriormente el gran guerrero Carlos o bien las postró, como a los búlgaros y los eslavos, o bien las erradicó totalmente, como a esa progenie férrea y adamantina de los hunos. De ellos hablaré después de recordar en pocas palabras los edificios que el gran Carlos construyó magníficamente en Aquisgrán, siguiendo el ejemplo del sapientísimo Salomón, para Dios, para sí mismo y para los abades, obispos condes y huéspedes que acudan de todo el orbe.

28. Cuando el serenísimo emperador Carlos pudo gozar de algún descanso, no quiso entorpecerse en el ocio sino dedicar su sudor al servicio divino, hasta el punto de que en su suelo natal se esforzó personalmente por hermosear la basílica de los antiguos tiempos romanos, se sintió feliz de poder cumplir rápidamente su deseo. Para este trabajo hizo venir maestros y operarios de todos los oficios desde lejanas regiones allende los mares. Para la ejecución de la obra sobre todos ellos nombró a un abad muy perito en esas tareas, desconociendo su habilidad en cometer fraudes. Después de recibir del emperador el dinero para las obras, destinó lo que quiso a su propio interés; los trabajadores que no pudieron rescatarse o no lo fueron por sus amos, fueron sometidos a trabajos forzados como lo fue el pueblo de Dios por parte de los egipcios, de modo que se vieron sometidos a trabajos muy intensos, sin tener la posibilidad de algún descanso. Consiguió con su fraude reunir una inmensa cantidad de oro y plata y paños de seda; de estos, los menos valiosos los hizo suspender en los salones y los más valiosos los hizo esconder en sus arcas y cofres. Repentinamente le fue anunciado que su casa estaba siendo presa del fuego. Llegó corriendo y atravesó los globos de fuego para llegar al depósito donde estaban los cofres repletos de oro. Cargó un cofre en cada hombro e intentó salir. Pero una gran viga se desprendió del techo por efecto de las llamas, cayó sobre él e hizo que su cuerpo se consumiera con el fuego y envió su alma a ese fuego que no se extingue. De este modo, el juicio divino actuó en lugar del religiosísimo Carlos, ya que él, ocupado en los negocios del reino, no pudo estar vigilando esos trabajos.

29. Había también allí un artesano superior a todos los demás en trabajos de bronce y de vidrio. Tanco, un monje de San Galo, había fundido una campana excelente

por cuyo sonido el emperador sentía una cierta admiración. Este maestro artesano tan sobresaliente pero muy infeliz, le dijo al emperador: "Señor emperador, ordena que traigan una gran cantidad de cobre para que yo pueda obtener, con calor, un cobre muy puro y en lugar de estaño haz que me traigan igual cantidad de plata, al menos cien libras. Yo haré la fundición y produciré una campana tal que, en comparación, esta va a parecer muda. Entonces, el más liberal de los reyes, que, aunque tenía abundancia de riquezas, su corazón, sin embargo, no estaba apegado a ellas, ordenó sin dificultad que se le trajese lo que pedía. El miserable se retiró muy alegre. Hizo limpiar y fundir el cobre pero en lugar de la plata ordenó colocar estaño muy puro. Tras un corto tiempo le presentó la campana al emperador. Este quedó admirado de la conformación de la campana. Se le colocó el badajo y el emperador dio la orden de suspenderla en el campanario. Esto se hizo sin demora. El custodio de la iglesia y los capellanes y luego otros ayudantes intentaron hacerla sonar, unos tras otros. Pero no consiguieron ningún resultado. Finalmente, el autor de la obra y del fraude, indignado, con una cuerda arrancó el badajo de hierro. El trozo de hierro cayó en medio de su cabeza y descendió, junto con su iniquidad a través de lo que ya era un cadáver hasta llegar al suelo con sus intestinos y sus partes viriles. La mencionada cantidad de plata fue encontrada y distribuida, por orden del justísimo Carlos, entre los pobres del palacio.

30. Existía la costumbre en aquellos tiempos que en cualquier lugar en el que por orden imperial se estuviese llevando a cabo una obra, como, por ejemplo, puentes o naves o limpieza o pavimentación de un camino o rellenado de baches en las rutas, estas obras, si se trataba de trabajos menores, estuviesen bajo la vigilancia de los condes o sus vicarios; si eran obras más importantes y especialmente si eran totalmente nuevas, no podía excusarse de ninguna manera de su atención ningún duque o conde, ningún obispo o abad. De esto es todavía testigo el puente de Maguncia, que fue construido con la participación común y ordenada de toda Europa, pero que, sin embargo, significó acciones fraudulentas de algunos malvados y costos muy elevados por el transporte en naves. Si las iglesias que estaban bajo el derecho real debían ser adornadas con pinturas en sus cielorrasos o sus muros eso estaba a cargo de los obispos o

abades vecinos. Si se trataba de la construcción de iglesias nuevas, entonces todos los obispos, duques y condes y también los abades y cualquier otro que estuviera al frente de una iglesia real y quienes hubieran obtenido algún beneficio público, se ocupaban con un trabajo intenso de la construcción desde sus cimientos hasta el techo. Esto aún lo prueban no solo las basílicas divinas sino también la obra humana en Aquisgrán y las mansiones de hombres de cualquier dignidad que se construyeron cerca del palacio del muy experto Carlos, de modo que él pudiese observar todo desde las ventanas de su solario: a quienes entraban y a quienes salían. Todas las viviendas de los nobles estaban levantadas a una cierta altura sobre el suelo, de modo de que no solo sus guardias militares y sus servidores, sino todas las personas de cualquier clase que fueren pudieran estar protegidas de las lluvias y las nevadas pero sin embargo, no pudiesen quedar fuera de la aguda mirada de Carlos. La descripción de ese edificio la dejo al juicio de Dios y voy a explicar lo que está a su alrededor.

31. El muy prudente Carlos les ordenó a todos los nobles de su entorno que a todos los artesanos que él designase se preocupasen por sostenerlos en sus tareas y suministrarles todo lo necesario para las obras que realizaran. A los que hubieran venido de lugares lejanos los encomendó a un prepósito de su casa llamado Liutfrido, para que los alimentase y vistiese con recursos públicos y estuviera siempre atento para suministrarles todo lo necesario para las construcciones. Estando él presente algo se hacía; cuando se retiraba, el trabajo cesaba por completo. Este prepósito acumuló tanto dinero gracias a los sufrimientos de esos miserables, que esas riquezas podrían haberlas llevado cargadas en un camello Plutón y Dis a los infiernos. Esto se hizo visible a los mortales de la manera siguiente. El gloriosísimo Carlos para las laudes nocturnas utilizaba un palio muy amplio y largo. Terminados los himnos matutinos, en la caminata de regreso, Carlos usaba temporariamente los ornamentos imperiales. Todos los clérigos venían preparados en esos momentos para los oficios antelucanos y en la iglesia o en el atrio, esperaban al emperador para la misa solemne estando en vela o, si alguno lo necesitaba, reclinando su cabeza sobre un compañero. Un cierto indigente de los que, estando al servicio de obras de limpieza o reparaciones solía acudir a la casa de Liutfrido en busca de ropa o paños, se había dormido sobre las

rodillas de un compañero y vio en sueños un gigante más alto que aquel enemigo antoniano que desde la corte real por el puente sobre un río iba rápidamente a su casa, llevando tras de sí un enorme camello con una pesada carga. Estupefacto le preguntó en el sueño de qué región venía y adónde se dirigía. Él respondió: "De la casa del rey a la casa de Liutfrido para colocarlo a él sobre estas cargas y sumergirlos juntamente en el infierno". Al oír el relato de esta visión uno de los clérigos se sintió aterrorizado y con miedo de que el severo Carlos lo encontrase dormido, alzó su cabeza, incitando a los otros a mantenerse despiertos. Y prorrumpió en estas palabras: "Si queréis escuchar mi sueño os digo que vi a Polifemo, que con los pies en la tierra, casi toca con su cabeza los astros del cielo y en el medio del Jonio por poco no alcanza las orillas, conduciendo un camello cargado desde la corte a la casa de Liutfrido. Preguntándole yo acerca de ese viaje, me respondió: 'Voy a poner a Liutfrido sobre estas cargas para llevarlo al infierno'". Apenas concluida esta narración llegó una joven, muy conocida desde la casa de Liutfrido. Se postró de rodillas delante de ellos y les imploró que tuviesen memoria de su amigo Liutfrido. Cuando le preguntaron sobre el porqué de ese pedido, ella dijo: "Señores míos, se dirigió sano al baño y como se demoraba más de lo usual entramos allí y lo encontramos muerto". Cuando se le informó al emperador sobre esta inesperada muerte y los artesanos y obreros hablaron con libertad sobre la avaricia de Liutfrido, Carlos ordenó que se investigara su riqueza. Se averiguó que eran incontables y conoció entonces ese que era el más justo de los jueces después de Dios, cómo se habían acumulado tan rápidamente, y entonces el emperador ordenó: "Nada de todo lo que defraudó puede servir para la liberación de ese miserable. Que su fortuna se divida entre los operarios de esas edificaciones y los humildes de nuestro palacio".

32. Todavía me quedan por referir dos hechos que sucedieron en el mismo lugar. Un cierto diácono, según una costumbre de lo cisalpinos, se empeñaba en luchar contra la naturaleza. Entrando a los baños se hizo cortar el cabello muy corto, dañándose la piel, lo cubrió con ungüentos y los cabellos cortos los marcó como si fuera con un compás, se puso una camisa blanquísima y para mostrarse todavía más glorioso ante el supremo Dios y los santos ángeles y ante la mirada del severísimo rey y sus nobles, como quedó en claro por lo que sucedió

posteriormente, se atrevió a leer el Evangelio con la conciencia manchada. Cuando estaba haciendo esa lectura, desde el cielorraso descendió por un hilo una araña y se posó en su cabeza y rápidamente se volvió a elevar. El severísimo Carlos advirtió esto una o dos veces pero, disimulando, permitió que la lectura continuara. El clérigo, temiendo al emperador, no se atrevió a espantarla, tanto más que él creía que se trataba de moscas. Terminada la lectura cumplió el resto del oficio. Pero no bien había salido de la basílica se entumeció y en el espacio de una hora dejó de existir. El religiosísimo Carlos, por haber visto y no impedido el hecho, se condenó a sí mismo a penitencia pública como si hubiese sido reo de homicidio.

33. El incomparable Carlos tuvo un clérigo también incomparable en todos los aspectos y de él se decía lo que de ningún otro mortal. Superaba a todos en la ciencia de las letras seculares y divinas, tanto en el canto religioso como popular, en la composición de nuevas canciones y en su habilidad para modularlas. Con la dulzura de su voz causaba el pleno deleite de todos; puesto que el mismo Moisés, sapientísimo legislador, por instrucción divina, tratándose de la gracilidad de la voz o de su torpeza, al discípulo que tenía en sí elementos celestiales lo envía al sacerdote Eleazar; y el mismo nuestro señor Jesucristo a quien nadie puede superar entre los nacidos de mujer, atestigua que no había en su cuerpo ningún signo especial; y aquel a quien, queriendo saber de sí mismo, por revelación paterna le fueron dadas las llaves del reino de los cielos, admiró la sabiduría de Pablo; y el que permitió que el discípulo a quien amaba más que a los otros cayera en el temor de no querer entrar en el lugar del sepulcro porque era un sitio frecuentado por mujerzuelas. Pero todos ellos dado que está escrito *A todo el que tiene se le dará,* conociendo de quién habían recibido lo que tenían, consiguieron también algo más. Pero este, no reconociendo de quién había recibido lo que tenía o bien sabiendo de quién lo había recibido no le dio las debidas gracias por sus dones, todo lo perdió. Estando muy familiarmente ante el césar, repentinamente desapareció. Ante una cosa tan inaudita e increíble el emperador quedó estupefacto, pero luego reaccionando se hizo la señal de la cruz y al punto encontró en el lugar donde había estado el joven algo así como un carbón muy negro apagado hacía poco.

34. Aquel manto amplio del emperador una vez más hace que nos apartemos de sus campañas militares. La vestimenta de lujo de los antiguos francos era la siguiente: el calzado era dorado en su parte exterior, sostenido con largas correas, fajas femorales vermiculadas y bajo ellas paños de lino para cubrir las caderas y las piernas, aunque del mismo color, sin embargo con gran variedad de trabajos artesanales. Sobre las fajas y en forma de cruz por dentro y por fuera, por delante y por detrás, se tendían largas correas. Encima una camisa de lienzo brillante y por último un cinturón del que cuelga la espada. Esta espada estaba primeramente dentro de una vaina y luego cubierta por un cuero de una clase especial, y además se envolvía con un lienzo de lino blanco y puro fortalecido con una cera especial y era reforzada en el centro con crucecitas para la destrucción de los paganos. La vestidura superior era el palio de color blanco o azulado, en forma de dos cuadrángulos que caían por delante y por detrás hasta la altura de los pies y por los costados solo hasta apenas tocar las rodillas. Además estaba el báculo, hecho de madera de manzano, con admirables pares de nudos, rígido y muy fuerte, con la parte superior cubierta de oro o plata con tallas destacadas. Se lo llevaba con la mano derecha. Soy habitualmente calmo y bastante lento para pensar y nunca fui a Francia, pero vi al refulgente emperador de los francos en el monasterio de San Galo, con dos flores doradas que sobresalían de sus fémures. Al adelantarse puso de manifiesto su altura; en la parte posterior el tallo tenia gloriosamente decorado su extremo incluso superando su altura. Las costumbres humanas siempre son ingeniosas. Cuando los francos, moviéndose entre los galos, vieron que estos lucían capas con rayas, les encantó la novedad y dejaron su antigua costumbre y comenzaron a imitarlos. El muy rígido emperador no prohibió este uso porque incluso parecía una vestimenta más apta para la guerra. Pero cuando advirtió que los frisones abusaban de esta licencia y comprobó que esa capa corta se vendía como antes ocurría con el palio largo, ordenó que solo podía venderse el antiguo palio largo al precio de siempre. Y añadió: “¿Para qué sirven esos trapitos? En la cama no alcanzan a cubrir nada. Cuando se cabalga no defienden contra el viento y la lluvia. No impiden que se congelen las piernas”.

TERMINA EL LIBRO I

COMIENZA EL PREFACIO

En el prefacio de este opúsculo prometí seguir a solo tres autores, pero como el principal de ellos, Weinberto, falleció el día séptimo (…)[42] y hoy, el día tercero antes de la calenda de junio, debemos recordar a su hijo y discípulo, fijemos aquí el término de este librito que procedió de la boca de su sacerdote, acerca de la religiosidad y la atención de la iglesia por parte del emperador Carlos. El opúsculo siguiente se basa en las narraciones de Adalberto, padre del mencionado Weinberto, sobre las campañas bélicas del aguerrido Carlos. Él intervino con su señor Carlos en la guerra contra los hunos, los sajones y los eslavos. Siendo ya él muy entrado en años y yo un adolescente, solía instruirme obligadamente sobre estas cosas aunque yo me resistiera y tratara de escapar.

TERMINA EL PREFACIO

[42] Hay una laguna en el texto original.

COMIENZA EL LIBRO II DE LAS GESTAS DE CARLOS

1. Comenzando a escribir basados en la narración de un seglar poco erudito en cuanto a escritura, no está fuera de lugar que traigamos a la memoria algunos hechos pasados. Cuando Juliano, enemigo de Dios, fue eliminado por castigo del cielo en la guerra pérsica, quedaron fuera del Imperio romano no solo las provincias transmarinas, sino también la cercana Panonia, Baviera, Recia, Germania, los francos y los galos. Los mismos reyes de los galos y los francos, debido al asesinato de san Desiderio, obispo de Viena y la expulsión de dos extraños santísimos, a saber, Columbano y Galo, comenzaron a apartarse: primeramente la nación de los hunos, que solía anteriormente cometer latrocinios en Francia y Aquitania y por las Galias e Hispania, retirándose después de haber producido una gran devastación e incendios. Las reliquias que quedaron a salvo fueron retiradas a escondites seguros. Estos fueron dispuestos de la manera siguiente, como solía contarme Adalberto: "La tierra de los hunos era rodeada por nueve círculos". Y, puesto que yo no conocía otros círculos que los hechos con varillas de mimbre, le pregunté: "¿Qué tenía eso de particular, señor". Él entonces me respondió: "Se los rodeaba con nueve cercos". Como yo no conocía otros cercos más que los cercos vivos, le pregunté también sobre esto y me respondió: "Cada uno de los círculos era tan ancho, es decir, el espacio comprendido en su interior era como la distancia desde el castillo de Zúrich hasta Constanza, construido con postes de roble, de haya u otras maderas duras, de modo que de un costado al otro había una distancia de veinte pies, y otros tantos pies de altura y todo el interior estaba relleno con piedras durísimas o creta muy resistente y la superficie de esos vallados estaba cubierta totalmente con césped. Allí se plantaban arbolillos de hojas caducas, bien podados. En el espacio entre las murallas se establecían los poblados y las villas, a una distancia entre cada edificación que permitiese que se oyese la voz humana. En esos inexpugnables muros había puertas no muy anchas por las que solían salir para acciones de latrocinio no solo los campesinos sino también los urbanos. Lo mismo puede decirse del segundo círculo, construido en forma semejante al primero, distante de él veinte millas teutónicas, que son cuarenta millas itálicas

y luego el tercero y así del mismo modo hasta el noveno, aunque estos círculos eran algunos más pequeños que otros. Entre círculo y círculo los predios y las viviendas estaban construidos a una distancia que permitiese oír el sonido de una tuba. Por más de doscientos años estas fortificaciones reunieron todas las riquezas de los occidentales y a ellas llegaron los godos y los vándalos, perturbando la tranquilidad de los mortales y dejando desierto el orden de Occidente. A ellos, sin embargo, el invicto Carlos los doblegó de tal manera en un espacio de ocho años que de ellos no quedaron ni los más pequeños restos. Contra los búlgaros, no obstante, no prosiguió el ataque porque, vencidos los hunos, no parecía que pudieran ya causar daño alguno al reino de los francos. El botín tomado en Panonia lo distribuyó con magnánima liberalidad entre los episcopados y monasterios".

2. Sin embargo, en la guerra en Sajonia, en la que había estado ocupado por algún tiempo, ciertos hombres privados, cuyos nombres podría mencionar, pero no lo hago para evitar darle notoriedad a su arrogancia, armaron una formación en testudo y destruían con toda energía los firmes muros de la ciudad o de un vallado. Viendo esto, el justísimo Carlos al jefe de ellos, con el consentimiento de Keroldo, su señor, lo nombró prefecto entre el Rin y los Alpes itálicos.

3. En esa misma campaña, los hijos de dos duques habían sido encargados de vigilar la tienda del rey. Habiendo bebido demasiado quedaron tendidos como muertos. El rey, según su costumbre, estaba en vigilia y recorriendo el campamento en forma muy cautelosa y sin que nadie lo advirtiera regresó a su tienda. A la mañana convocó ante sí a los nobles del reino y les preguntó qué pena merecía el que entregara a los enemigos al que es cabeza del reino de los francos. Los mencionados duques, sin saber de qué se trataba, a ese tal lo condenaron a muerte. El emperador, sin embargo, los amonestó severamente y los dejó partir sin ningún castigo.

4. Hubo también allí dos bastardos de la estirpe materna de Kolmar. Viéndolos luchar con tanto vigor el emperador quiso saber quiénes eran y de dónde procedía su nacimiento. Sabido esto, al mediodía los convocó a su tienda y así

les habló: “Buenos jóvenes, quiero que seáis mis servidores y los de ningún otro”. Ellos dijeron que para eso habían acudido para ser aunque fuera entre los últimos a su servicio. Él dijo, entonces: “Deberéis servir en mi cámara”. Disimulando su indignación, confesaron que lo harían gustosos. Cuando advirtieron que el emperador había tomado su tiempo de descanso, se retiraron y fueron hasta el campamento de los enemigos y, habiéndose originado un tumulto, prefirieron lavar con su sangre y la de los enemigos lo que hubiera sido para ellos una clara servidumbre.

5. En medio de tantas ocupaciones de este tipo, de ningún modo dejó el magnánimo emperador de preocuparse por enviar nuncios a los reyes de las más lejanas partes, siendo portadores de cartas y obsequios, y siendo por ellos honorablemente recibidos. Habiendo enviado legados al rey de Constantinopla desde su campamento en la guerra contra los sajones, el mencionado rey le preguntó si se encontraba pacificado el reino de su hijo Carlos o si era perturbado por los pueblos limítrofes. El primero de los enviados le comunicó que solo un cierto pueblo, llamado de los sajones, perturbaba con numerosos latrocinios los confines de los francos. Esto dijo alguien que estaba entorpecido por el ocio y era poco apto para la guerra: “¡Ay! ¿Por qué tiene mi hijo que estar luchando contra tan pocos enemigos de escaso poder y que ni siquiera tienen un nombre? Puedes quedarte tú con esa gente y con todo lo que les pertenece”. Cuando al regreso le narró esto a Carlos, este, riendo, le dijo: “Mucho mejor hubiera obrado contigo ese rey si te hubiera dado un paño femoral para el largo viaje”.

6. No parece que deba permanecer oculta la sabiduría que este mismo enviado demostró ante un sabio de Grecia. Habiendo llegado con sus compañeros a cierta ciudad real en tiempo de otoño, allí se separaron y él fue encomendado a un obispo. Este practicaba incesantes ayunos y oraciones y el invitado se vio muy debilitado por la inedia. Asomándose ya el tiempo veraniego, el obispo presentó su huésped al rey. Y este le preguntó qué opinaba sobre el obispo. Él, suspirando muy profundamente: “Vuestro obispo es tan santo”, dijo, “cuanto es posible serlo sin Dios”. Estupefacto el rey le dijo: “¿Cómo alguien puede ser santo sin Dios?”. Él, entonces, respondió: “Está escrito que *Dios es caridad* y él

está vacío de ella". Entonces el rey lo invitó a un banquete y lo ubicó en medio de los nobles. Existía allí la norma de que en la mesa del rey ningún extraño o peregrino podía comer un animal o una parte de él, sino solamente aquello con lo que estuviera cubierto. Se llevó a la mesa una bandeja con un pescado de río condimentado con diversas especias. Cuando este huésped, desconocedor de la costumbre, dio vuelta el pescado en el plato, todos se levantaron y le dijeron al rey: "Señor, estáis siendo deshonrado como ninguno de vuestros antecesores". El rey, con tristeza, le dijo al legado: "No puedo oponerme a estos sin que seas inmediatamente condenado a muerte. Pídeme cualquier otra cosa y te la concederé". Entonces el huésped, tras pensar un momento, ante todos los circunstantes, prorrumpió en estas palabras: "Os ruego, señor emperador, que, de acuerdo a vuestra promesa, me concedas un pequeño pedido". Y contestó el rey: "Pídeme lo que quieras y lo tendrás; ten en cuenta solo que no puedo concederte la vida en contra de la ley de los griegos". Entonces respondió el legado: "Esto solo pido antes de morir: que todo el que me haya visto dar vuelta el pescado, sea privado de la vista". Estupefacto el rey ante tal condición juró por Cristo que él no vería tal cosa sino solo en narraciones. En esos momentos la reina comenzó a justificarse de esta manera: "Juro por la serenísima theotocos santa María que yo no he visto eso". Luego los otros nobles, uno tras otro, tratando de librarse del peligro, intentaron justificarse de esa culpa con juramentos terribles, uno por el clavígero del cielo, otro por el doctor de las gentes y otros por las virtudes angélicas y las turbas de todos los santos. Es así que ese franco tan sabio, habiendo superado a la vanidad helénica en su propio suelo, regresó sano y salvo a su patria. Después de algunos años, el incansable Carlos envió a ese lugar a un obispo excelentísimo por su capacidad mental y su fuerza corporal, acompañado por un nobilísimo duque. Tras una larga espera fueron llevados a la presencia del rey. Fueron tratados indignamente, siendo conducidos por lugares diversos. Finalmente fueron despedidos y regresaron mediante un gran costo en el viaje por naves y otros gastos. Después de no mucho tiempo el mencionado rey envió sus legados al gloriosísimo Carlos. Sucedió casualmente que aquel mismo obispo y el duque estaban presentes junto al emperador. Cuando se anunció la llegada de los enviados, ellos le aconsejaron al sapientísimo Carlos que se los guiara a través de los Alpes por

caminos fructuosos hasta que, cansados y agotados por las penurias del viaje, fueron recibidos en su presencia. Cuando llegaron el obispo y su compañero, ubicaron al conde de la caballeriza sentado en un trono muy destacado en medio de sus súbditos. de modo que pareciese nada menos que el emperador. Cuando lo vieron, los legados se arrojaron al suelo con veneración. Los servidores los obligaron a levantarse y pasar al interior del palacio. Cuando entraron, vieron al conde del palacio haciendo una arenga y, pensando que era el emperador, se echaron en tierra. Cuando se los obligó a retirarse de allí por parte de los asistentes, que les dijeron: "Este no es el emperador", se dirigieron más al interior y encontraron al maestro de la mesa real con los servidores ricamente vestidos. Creyéndolo el emperador volvieron a echarse en tierra. Siendo también invitados a retirarse de allí encontraron en el consistorio a los camareros del rey con su maestro y no tuvieron la menor duda de que ese era el príncipe de los mortales Este maestro negó ser el emperador pero les prometió que se ocuparía con los nobles del palacio para que, si fuera posible, consiguiesen llegar ante la presencia del muy augusto emperador. Entonces acudieron algunos de los que estaban junto al césar y los recibieron honoríficamente. Estaba el más glorioso de los reyes, Carlos, junto a una espléndida ventana, radiante como un sol al amanecer, entre oro y perlas, junto a Heitón. Este era el obispo que anteriormente había sido enviado a Constantinopla. A su alrededor estaban, como si fuera una milicia celestial, sus tres jóvenes hijos, ya partícipes del reino y las hijas con su madre, no menos lucientes por su sabiduría y belleza que por sus alhajas. Había pontífices, incomparables por su aspecto y sus virtudes, abades eminentes por su nobleza y santidad, duques como los que estuvieron con Josué en el campamento de Gálgala, un ejército como aquel que puso en fuga desde Samaria a Ciro con los asirios; era como si David estuviese en medio de ellos y no sin razón entonase: *¡Los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra, los jóvenes y las vírgenes, los ancianos con los más jóvenes, alaben el nombre del Señor!* Entonces los consternados enviados de los griegos, estupefactos y sin saber qué decir cayeron al suelo mudos y exánimes. El muy benigno emperador los hizo levantar y trató de animarlos con palabras de consuelo. Finalmente se mostraron reanimados pero volvieron a mostrarse

temerosos al ver en medio de tanta gloria a Heitón, al que ellos habían despreciado. Estuvieron humildes en el suelo hasta que el rey les juró por el rey de los cielos que no se les haría ningún mal. Alentados con esta promesa comenzaron a obrar con un poco más de confianza. Regresaron a su patria y nunca volvieron a la nuestra. Parece oportuno repetir que hombres tan sabios tuvo en todas las circunstancias el preclarísimo rey Carlos.

7. Los griegos después de las alabanzas matutinas, celebradas en el octavo día de la teofanía, le cantaron a Dios en su propia lengua y el emperador se deleitaba en la dulzura de los cantos. Les ordenó entonces a sus clérigos que no gustasen ningún alimento hasta que le presentasen esas antífonas traducidas al latín. Sucedió que todas estaban en el mismo tono y en una de ellas se escribió *contervit* en vez de *contrivit.* Habían llevado también los griegos toda clase de instrumentos y una gran variedad de cosas. Los artesanos del muy sagaz Carlos disimuladamente observaron todas esas cosas y con gran habilidad las construyeron ellos, principalmente ese órgano musical con tubos de bronce y fuelles taurinos que, al pasar el aire imitaban el ruido del trueno o la suave conversación de la lira o la dulzura del címbalo. Dónde fue colocado y cuánto tiempo duró y cómo desapareció no corresponde que se lo trate aquí y ahora.

8. Por ese mismo tiempo llegaron hasta él legados de los persas. Desconociendo la ubicación de Francia, creyeron los legados que debían acercarse a la costa de Italia, dada la importancia de la ciudad de Roma, que habían sabido que pertenecía a su Imperio. Les hicieron saber la causa de su viaje a los obispos de Campania, de Tuscia, de Emilia, de Borgoña y de la Galia y también a los abades y duques. Estos los recibieron con desgano y los despidieron. Finalmente, después de un año de innumerables vueltas, arribaron completamente agotados a Aquisgrán, ante Carlos, famosísimo por sus virtudes. Llegaron allí en la semana mayor de la Cuaresma. Anunciada su presencia no fueron recibidos por el emperador hasta la vigilia de la Pascua. Como en esa fiesta tan importante ese hombre extraordinario estaba incomparablemente ornado. Ordenó que se hiciese pasar a los representantes de aquella nación que en otro tiempo había sido terrible para todo el orbe. A ellos, sin embargo, el excelentísimo Carlos les

pareció más terrible que cualquier otro rey o emperador que hubiesen visto. El emperador los recibió amablemente y les concedió que, como si fueran sus hijos, pudiesen moverse por donde quisieran, observando todo, interrogar a cualquiera y pedir lo que creyeren conveniente. Colmados de alegría lo miraban con admiración considerándolo superior a todas las riquezas orientales. Pasaron al solario que rodea la basílica y desde allí contemplaron una y otra vez el clero y el ejército. Regresaron al emperador con alegres aplausos. Decían: "Hemos visto muchos hombres de tierra; ahora vemos uno que es de oro". Luego se acercaron a cada uno de los nobles, con admiración de sus vestiduras o de sus armas, y regresaron ante el emperador, más admirable aún. En esa noche y en el día siguiente frecuentaron la iglesia con asiduidad y en ese mismo día sacrosanto fueron invitados a un opíparo banquete con el opulentísimo Carlos y los nobles de Francia y Europa. Sin embargo, sorprendidos por el esplendor de los acontecimientos, se levantaron de la mesa casi en ayunas. Posteriormente Febo ya esparcía sus rayos sobre la tierra y la Aurora dejaba el lecho de Titón, cuando Carlos, que no toleraba demasiado descanso, se preparaba para ir al bosque a la caza de bisontes o uros, siendo acompañado por los legados de los persas. Cuando estos vieron esos animales tan grandes se aterrorizaron y se dieron a la fuga. El heroico Carlos, sin temor alguno y montando un caballo muy veloz, se acercó a uno de esos animales, extrajo su espada y trató de partirle la cabeza. Erró el golpe y el feroz y cruel animal destrozó los paños que cubrían su pierna, alcanzándola con la punta de su cuerno e irritado por la frustrada herida, perseguido con palos y piedras, huyo a un valle muy seguro. Casi todos le ofrecieron al rey sus pantalones, pero este rechazó el pedido diciendo: "Debo llegar hasta Hildegarda así como estoy". Isambardo, hijo de Warino, adversario de Otmaro, doméstico del emperador, se lanzó en persecución del animal y no atreviéndose a acercarse, le arrojó su lanza y la clavó en su costado cerca del cuello, penetrándole en el corazón. Le llevó la presa, aún palpitante, al emperador. Actuando como si no se hubiese dado cuenta, este les dejó la presa a sus acompañantes, regresó al palacio, llamó a la reina y le mostró sus grebas destrozadas, diciéndole: "¿Qué merece el que me ha liberado de tal enemigo?" Ella respondió: "Cuanto haya de bueno". Y el emperador le contó ordenadamente todo lo sucedido con respecto a esos terribles cuernos haciendo

que la reina rompiese en llanto y suspiros y se golpease el pecho. Habiendo oído esta que el odiado Isambardo, ya privado de todos los honores, había vengado al emperador de un tal enemigo, se echó a sus pies rogándole que le fuese devuelto todo aquello de lo que había sido privado y ella misma le hizo entrega de presentes. Por otra parte, los persas le entregaron al emperador un elefante y varias monas, bálsamo, nardo y otros pigmentos y perfumes así como diversos medicamentos hasta el punto de que parecía que hubiesen vaciado el Oriente para para llenar el Occidente. Habiendo ya entrado en una cierta familiaridad con el emperador y estando un poco alegres por haber probado buenos vinos, le dijeron en broma a Carlos, que siempre amaba la seriedad y la sobriedad: "Es, ciertamente, grande vuestro poder, oh emperador, pero mucho mayor aún es la fama de que gozáis en los reinos orientales". Oyendo esto se llenó de indignación, pero disimulándola, les preguntó jocosamente: "¿Por qué decís esto, hijos míos? ¡Cómo os parece así!". Ellos le narraron desde el principio todo lo que habían oído en las regiones allende el mar. Dijeron: "Nosotros los persas, los medos y los armenios, los indios, los partos y los elamitas y todos los orientales, os tememos mucho más a vos que a Aarón. ¿Qué diremos de los macedonios y los aquivos? Que ya están temerosos de que vuestra grandeza se extienda sobre las ondas del mar Jonio. Todos los habitantes de las islas que recorrimos en nuestro viaje están prontos a prestaros su obsequio ya que gozaron de ingentes beneficios en vuestro palacio. Los nobles de estas regiones, según nos parece, no se preocupan tanto por vos sino cuando están en vuestra presencia. Pues cuando pasamos por allí como peregrinos solicitando que se dignaran suministrarnos algo por amor de vuestra humanidad, ya que nos dirigíamos hacia vos, nos despacharon sin nada y sin ni siquiera oírnos". Entonces el emperador despojó de todos los honores a todos los condes y abades de los lugares por donde los legados habían pasado. A los obispos o los condenó o los multó con una gran cantidad de dinero. Ordenó que los legados fueran acompañados con grandes precauciones y los debidos honores hasta los confines propios.

9. Llegaron también hasta él legados del rey de los africanos trayendo un león marmárico y un oso numídico y tinturas violáceas de Hiberia y púrpuras de Tiro.

Carlos a los libios afectados por continuas penurias los recompensó liberalmente con los productos de Europa, a saber, trigo, vino y aceite, no solo entonces sino por todo el tiempo de su vida y los sostuvo con manos generosas, manteniéndolos así perpetuamente fieles y sometidos, recibiendo de ellos no despreciables tributos. El incansable emperador le envió al rey de los persas caballos y mulos hispanos, palios frisones blancos, grises, a rayas y de color del zafiro, que en esas regiones eran raros y muy apreciados, perros singulares por su agilidad y su fiereza, que habían sido solicitados para dar caza a tigres. Habiendo inspeccionado los demás regalos casi sin interés les preguntó a los enviados qué clase de animales y fieras solían allí perseguir los perros. Se le respondió que todos los que aparecían eran inmediatamente perseguidos. "Esto", dijo, "lo van a probar los resultados". Sucedió que al día siguiente se produjo un gran clamor entre los pastores cuando huían ante la presencia de un león. Cuando esto se advirtió en el palacio del rey, este le dijo a los legados: "Oh legados francos, montad vuestros caballos y seguidme". Al instante, como si no hubieran sufrido fatiga y esfuerzos, salieron inmediatamente tras el rey. Cuando estuvieron a la vista del león, aunque algo lejos, dijo el sátrapa de los sátrapas: "Azuzad vuestros perros contra el león". Cumpliendo esta orden el león persa fue atrapado por los perros germánicos y ultimado con espadas cargadas con veneno hiperbóreo. Visto esto, el poderoso heredero de Aarón viendo la fortaleza de Carlos aun en cosas mínimas, prorrumpió en su alabanza con estas palabras: "Ahora sé que son verdaderas las cosas que he oído de mi hermano Carlos, es decir, que por su asiduidad en las cacerías y por la infatigable diligencia con que ejercita su cuerpo, tiene la capacidad de someter a todo lo que se encuentra bajo el cielo. ¿Cómo se puede compensar dignamente al que se preocupó para honrarme de este modo? Si le doy la tierra que le fue prometida a Abraham y mostrada a Josué, debido a su lejanía no podría defenderla de los bárbaros; y si en su magnanimidad quisiera defenderla temo que las provincias limítrofes del reino de los francos se aparten de su Imperio. Sin embargo, voy a tratar de gratificar su liberalidad de este modo: Le daré la potestad sobre ella y yo seré su administrador; y cuando él quisiere y le parezca oportuno, me podrá mandar sus legados y va a encontrar que soy un muy fiel procurador de los bienes de esa provincia". De este modo se realizó lo que el poeta consideraba

imposible: *El parto beberá las aguas del Araris o el germano las del Tigris.* Por la capacidad del fortísimo Carlos, tras el viaje y el regreso de los legados de Aarón, de Persia a Germania y de Germania a Persia, para los jóvenes, los niños y los mayores, eso no solo resulta posible, sino muy fácil, como quiera que los gramáticos interpreten al Araris, a saber, como el que desemboca en el Rin o el que lo hace en el Ródano, ya que son ignorantes de esos lugares. Para testimonio de esto recorreré toda la Germania, que en los tiempos de vuestro gloriosísimo padre Ludovico fue obligada a entregar un denario a cada de nosotros que ocupábamos las posesiones reales para la redención de los cristianos que habitaban la tierra de promisión, que lo pedían por piedad en atención al antiguo dominio de vuestro antepasado Carlos y vuestro abuelo Ludovico.

10. Y puesto que se dio la ocasión de que mencionáramos honorablemente a vuestro incomparable padre, nos parece conveniente recordar el presagio que sobre él hizo el sapientísimo Carlos. Cuando tenía 6 años de edad, siendo criado con gran cuidado en la casa de su padre, parecía más sabio que los hombres mayores. Su benévolo padre, que esperaba esto para poder presentarlo en la corte del abuelo, tomando al niño que estaba bajo el cuidado materno, comenzó a instruirlo sobre cómo comportarse con seriedad y respeto ante el emperador y cómo responder al ser interrogado. Tras esta preparación lo llevó al palacio. Los primeros dos días el emperador lo observó con ojos curiosos entre los demás circunstantes. Le preguntó al hijo: "¿De quién es ese niño?". Este respondió: "Es mío y vuestro, si os dignáis". Entonces se lo pidió: "Dámelo". El augusto emperador lo recibió, lo besó y lo hizo volver a la situación anterior. El niño era consciente de su dignidad y no quería ser segundo más que del emperador; con todo ánimo y compostura se colocó a la misma altura que su padre. Viendo esto el prudentísimo Carlos ordenó que se acercara su hijo Ludovico para preguntarle por el nombre del niño y acerca de por qué obraba de esa manera y cómo era que tenía tanta confianza como para igualarse a su padre. Este razonablemente respondió así: "Cuando yo era vuestro vasallo, me mantenía, después de vos, como correspondía, entre mis compañeros de armas. Ahora que soy vuestro socio y vuestro compañero de armas, no sin razón, me equiparo con vos". Después que Ludovico le dijo eso a su padre, este formuló esta sentencia:

"*Si este niño llega a mayor, va a ser muy importante".* Estas palabras las hemos tomado de Ambrosio, porque lo que dijo Carlos no puedo traducirlo exactamente al latín. Y no sin razón la profecía del gran Ambrosio la podríamos aplicar a Ludovico que, excepto por aquellos asuntos y negocios sin los cuales no puede subsistir una nación, es decir, el matrimonio y el uso de las armas, en todo fue muy semejante y hasta podríamos decir, teniendo en cuenta el poder de gobierno, superior a Ambrosio, en cuanto fiel católico, eximio en el culto de Dios, compañero, protector y defensor incansable de los siervos de Cristo. Tan cierto es esto que cuando Harmuto, nuestro fiel abad y ahora vuestro monje recluido en una celda, le manifestó que el monasterio de San Galo, surgido no por donaciones reales sino por pequeñas colectas privadas y que no tenía el privilegio de otros monasterios ni tenía las leyes comunes de todos los pueblos y por eso no había podido encontrar un defensor o abogado, él, a diferencia de todos nuestros adversarios, no se avergonzó de profesarse abogado de nuestra humilde casa ante todos sus príncipes. En ese mismo tiempo le dirigió a vuestra realeza una carta para que por vuestra autoridad, con un juramento irresistible, deberíamos solicitar licencia para cada obra que tuviéramos. Pero ¡qué necio he sido! Por la especial benignidad que nos ha demostrado me aparté de la narración de su generalizada e inefable bondad, grandeza y magnanimidad, atendiendo un poco a mi gusto particular.

11. Era, pues, Ludovico rey y emperador de toda Germania, de Recia, de la antigua Francia, Sajonia, Turingia, Nórica, Panonia y de todas las naciones septentrionales. Era de óptima estatura, de contextura apuesta, con ojos radiantes como los astros, voz clara y varonil, y de sabiduría singular, que no cesaba de acrecentar frecuentando las escrituras con su agudo ingenio. Poseía una incomparable vivacidad para anticipar y superar todas las insidias de los enemigos, para juzgar acerca de los litigios de sus súbditos y proveer a todas las necesidades de sus fieles. Frente a todos los pueblos gentiles vecinos mantenía la imagen temible de sus antepasados, merecidamente, porque nunca había manchado su lengua ni sus manos con un juicio injusto o con la efusión de sangre cristiana salvo en casos de extrema necesidad. Y esto no me atrevo a narrarlo viendo ante vosotros a un pequeño Ludovico o un pequeño Carlos. Después de

aquella matanza ya nunca más se sintió compelido a condenar a alguien a muerte. A los acusados de infidelidad o insidias solía castigarlos privándolos de los honores de modo que por ninguna circunstancia de situación o de tiempo les fuese permitido volver al prístino grado. Más que todos los demás hombres estaba consagrado a la práctica de la oración, a fervorosos ayunos y al servicio del culto divino. Tras el ejemplo de san Martín, en todo lo que obraba siempre estaba como suplicante en la presencia de Dios. En los días determinados se abstenía de carne y comidas variadas. En el tiempo de las letanías solía seguir la cruz con los pies descalzos hasta la iglesia pastoral o hasta la de san Hermeramo si estaba en Regensburg. En otros lugares no se apartaba de la costumbre de los habitantes. Construyó nuevos oratorios de aspecto admirable en Frankfurt y en Regensburg. Cuando por la magnitud de la obra no alcanzaban los ladrillos hizo destruir los muros de la ciudad, en cuyas cavidades encontró tanto oro junto a los huesos de los allí enterrados, que no solo adornó con ellos la basílica sino que hizo proteger los libros antiguos con cofres de láminas del grosor de un dedo. No permitía que ningún clérigo que no supiese leer y cantar estuviese en su corte y ni siquiera en su presencia. Hasta tal punto despreciaba a los monjes que prevaricaban de su voto cuanto amaba a los observantes. Siempre estuvo tan pleno de jocundidad y dulzura, que, si alguien llegaba triste hasta él, con su sola visión o alguna breve alocución se retiraba aliviado. Si eventualmente aparecía en su presencia alguien incapaz o inepto o lo descubría en alguna parte, de tal modo corregía esos defectos con la sola advertencia de su mirada, como para que lo que está escrito del juez eterno: *El rey, sentado en el solio de su reino, disipa todo mal con su sola mirada,* se cumpliera en él para con todos los mortales. He narrado demasiado brevemente todas estas cosas, con el deseo de escribir mucho más sobre él, si la vida me acompaña y la divinidad me es propicia.

12. Y ya es el momento de regresar a lo que me propuse. El emperador Carlos poco había estado residiendo en Aquisgrán debido a la frecuente llegada de visitantes o las revueltas de los indómitos sajones o los saqueos y la piratería de los normandos o los moros. La guerra contra los hunos estaba siendo dirigida por su hijo Pipino, en tanto que las naciones bárbaras del norte depredaban en gran parte el Nórico y la Francia oriental. Ante esta situación por sí mismo los humilló

a todos estos, hasta el punto de ordenar pasar por la espada a niños e infantes y todo el que hubiera escapado de esa medida sería castigado con la pena capital. De este hecho se originó algo mucho más grande e ilustre. Cuando terminaba su vida vuestro santísimo abuelo, ciertos gigantes, como los que narra la escritura que fueron procreados por causa de la ira de Dios por los hijos de Seth con las hijas de Caín, estaban hinchados por el espíritu de soberbia, más aún que los que dijeron: *¿Qué parte tenemos nosotros con David o qué herencia con el hijo de Isaí?* Despreciaban su descendencia y cada uno procuraba tomar el principado y ceñirse la corona. Entonces algunos de entre los pobres, por inspiración divina, clamaban que el ínclito emperador Carlos en otro tiempo había pasado por la espada a los enemigos de los cristianos y, por lo tanto, cuando alguno de su progenie alcanzara la longitud de una espada, este debía regir a los francos, más aún, a toda la Germania. Esa facción diabólica fue como alcanzada por un rayo y partida en pedazos. Pero Carlos, vencedor de los extranjeros, se vio amenazado por un complot, importante pero ineficaz, de los propios. Habiendo regresado hasta la reina desde la tierra de los eslavos, casi fue hecho prisionero e incluso por poco llevado a la muerte, por parte de un hijo tenido de una concubina, cuya madre le había puesto ominosamente el gloriosísimo nombre de Pipino. Esto sucedió del modo siguiente. Habiéndose celebrado en la iglesia de San Pedro una asamblea de nobles para discutir acerca de la muerte del emperador, temiendo por la seguridad, ordenó explorar si en algún lugar podría haber alguien oculto en algún rincón o debajo de un altar. Tal como temían encontraron a un clérigo escondido debajo de un altar. Lo apresaron y lo comprometieron con juramento para que no denunciara el complot. El clérigo, para no perder la vida, no se negó a jurar. Pero cuando los conjurados se retiraron, juzgando que ese juramento era sacrílego, corrió presuroso al palacio. Cruzando con dificultad siete puertas y otros obstáculos, llegó finalmente a la cámara del emperador. Pulsando la puerta para pedir entrar, el siempre vigilante Carlos se admiró de quién se podía atrever a inquietarlo en esos momentos. Sin embargo, les ordenó a las mujeres que solían estar allí para la atención de la reina y de sus hijas, que se fijasen quién estaba en la puerta y qué deseaba. Estas salieron y reconocieron que se trataba de una persona muy humilde. Cerrada la puerta, en medio de carcajadas, cubriéndose las bocas con sus vestidos, buscaban esconderse en los rincones. Pero el sagaz

emperador, al que nada se le podía ocultar bajo el cielo, les preguntó insistentemente a las mujeres qué estaba ocurriendo y quién era el que había llamado a la puerta. Habiendo recibido la respuesta de que un cierto joven desarrapado y aparentemente loco, vestido solo con camisa y pantalones, quería hablar con él con urgencia. Ordenó que lo introdujeran. El joven corriendo se arrojó a sus pies y le contó ordenadamente todo lo sucedido. Sin que hubieran sospechado nada, antes de la hora tercia del día, todos los conjurados fueron castigados con penas dignas o con exilios. Pipino, enano y giboso, fue azotado cruelmente y tonsurado, recluido en una celda del monasterio de San Galo, en el lugar más pobre del amplísimo Imperio. Fue condenado a permanecer allí como castigo durante un cierto tiempo. No mucho después, algunos de los nobles de Francia intentaron poner las manos sobre el rey. Esto no le quedó oculto al emperador pero no quería castigarlos porque, si tuvieran buenas intenciones, podrían ser una gran protección para los cristianos, le envió legados a Pipino, preguntándole qué era conveniente hacer con ellos. Lo encontraron en el huerto, con sus hermanos mayores, pues los más jóvenes estaban ocupados en trabajos más importantes, arrancando con una horquilla ortigas y otras hierbas dañinas, para permitir que de ese modo las plantas útiles creciesen con más vigor. Allí le hicieron saber la causa de su misión. En medio de los más profundos suspiros, como suelen exhalar los enfermos con más fuerza incluso que los sanos, les contestó con estas palabras “Si Carlos quisiera escuchar mi opinión, no me expondría a estas penurias. Yo nada le pido. Contadle lo que me visteis haciendo”. Pero ellos, temiendo volver ante el terrible emperador sin una respuesta cierta, insistieron en preguntarle una y otra vez qué es lo que debían decirle al señor. Entonces él, con disgusto, les dijo: “No le pido otra cosa sino lo que estoy haciendo. Estoy arrancando las hierbas inútiles, para que las hortalizas útiles se desarrollen mejor”. Los legados se retiraron con tristeza por no tener nada razonable que reportar. Habiendo regresado ellos ante el emperador e interrogados sobre una respuesta, se quejaron de que a pesar de un viaje tan trabajoso no habían obtenido ninguna respuesta cierta. El muy sagaz emperador los siguió interrogando ordenadamente acerca de qué estaba haciendo cuando lo encontraron y qué les había dicho. Entonces manifestaron: “Lo encontramos sentado en el huerto, trabajando con su horquilla en la parcela de las hortalizas y

cuando le dijimos la causa de nuestro viaje, insistiendo en nuestra pregunta, solo tuvimos esta respuesta: 'No pido de él nada más que lo que estoy haciendo. Arranco las hierbas dañinas para que las hortalizas se desarrollen con más vigor'". Oyendo esto, el emperador, con astucia y sabiduría, restregándose las orejas e hinchando la nariz, les dijo: "Mis buenos vasallos, me habéis traído una respuesta razonable". Hizo cumplir sus palabras para con todos aquellos que temían por sus vidas, eliminando del mundo de los vivos a todos aquellos que le habían tendido insidias, y sus tierras las concedió a sus fieles propios para que extendieran las suyas. Uno de sus adversarios había adquirido para sí una altísima colina desde la que se podía extender la mirada hacia todos lados; a este ordenó que lo fijaran a un poste en lo alto de esa misma colina. A Pipino, su bastardo, le ordenó que eligiera dónde pasar su vida. Aceptando esa concesión eligió un monasterio que entonces era nobilísimo y hoy, por una cierta razón, está destruido. Esto no lo voy a aclarar antes de ver a Bernardo con la espada ceñida a su cintura. Se sintió indignado el magnánimo emperador por haber sido provocado a tener que ir personalmente a las naciones bárbaras, cuando para esto parecía idóneo cualquiera de sus duques. Que esto fue así lo voy a probar por un hecho de uno de mis co-provincianos. Había un cierto hombre de Thurgau, un gran guerrero que formaba parte de un terrible ejército, de tanta nobleza que podría creerse de la estirpe de Anac, a no ser por la gran diferencia de tiempo y lugar. Cuantas veces llegaba hasta el río Thur, alimentado por los torrentes alpinos y desbordante, y no podía lograr atravesar sus aguas montando un gran caballo, desmontaba y tomaba las riendas arrastrando al caballo a flote tras de sí, mientras caminaba diciendo: "Por el señor Galo, quieras o no, me has de seguir". Este, yendo en la comitiva del emperador, segó, como si fuera en una cosecha, a los bemanos, a los wilsos y a los ávaros, suspendiéndolos en la pica como si fueran aves. Tras su regreso victorioso cuando le preguntaban cómo le había ido con los winidos, respondía con indignación, menospreciándolos, "¿Qué son para mí esos renacuajos? Solía llevar de aquí para allá en mi lanza siete, ocho y hasta nueve de ellos perforados y diciendo no sé qué cosas. En vano nos hemos fatigado el rey y nosotros contra tales gusanillos".

13. Por ese mismo tiempo cuando el emperador daba por terminada la campaña contra los hunos, recibiendo la rendición de esa gente, los normandos comenzaron a sembrar gran inquietud para con los francos y los galos. Habiendo regresado, el muy invicto Carlos decidió invadir por tierra su territorio aunque por un camino angosto y difícil. Pero sea porque lo prohibió la providencia divina o para que, según la escritura, e*n esto fuera probado Israel*, o para castigo de nuestros pecados, todos los intentos fueron en vano, y para ejemplo de los daños sufridos por todo el ejército, en una sola noche cincuenta yuntas de bueyes de los bienes de un solo abad fueron eliminadas por una repentina peste. Carlos, el más sabio de los hombres, para no desobedecer a la Escritura y luchar contra el impacto del río desistió de ese intento. Estando recorriendo el vastísimo Imperio por no poco tiempo, Godefrido, rey de los normandos, animado por su ausencia, invadió los confines del reino de los francos y eligió para su sede la tierra del Mosela. Como queriendo transformar un cisne en un halcón, había llevado a su hijo a cuya madre había abandonado hacía poco y había tomado otra esposa. Este lo partió por el medio. Hecho esto, muerto el Holofernes, no confiando en su ánimo ni en las armas, se dio a la fuga. Y así, para que no pudiese gloriarse contra Dios como el ingrato Israel, Francia se vio liberada sin la intervención del emperador. Carlos, invicto e imposible de ser vencido, por este evento glorificó a Dios, pero lamentó mucho que, debido a su ausencia, alguno de aquellos hubiese podido escapar. Exclamó: "¡Oh dolor! ¡No he podido ver cómo mi mano cristiana hubiera jugado con esos cinocéfalos!".

14. Sucedió también que Carlos, recorriendo el reino, llegó inopinadamente a una ciudad marítima de la Galia narbonense. En ese puerto, estando el emperador presente, pero ignorado, exploradores de los normandos estaban haciendo piratería. Al ver las naves algunos dijeron que eran judíos, otros, que eran africanos y otros que eran bretones, pero el sapientísimo Carlos, por información o por intuición, supo que no eran mercaderes sino enemigos, Les dijo entonces a los suyos: "Estas naves no están cargadas con mercaderías sino que están repletas de enemigos acérrimos". Al oír esto todos se adelantaban para acercarse rápidamente hasta las naves. Pero en vano. Pues cuando los normandos descubrieron que allí estaba el emperador, a quien apodaban Carlos

Martillo, para evitar que este abollara sus armaduras o las redujera a pedazos, lograron con una rápida fuga no solo estar lejos de las espadas sino incluso de los ojos. Pero el religioso Carlos, justo y timorato, se levantó de la mesa y se asomó por la ventana oriental y derramó por largo tiempo abundantes lágrimas, ya que nadie se atrevía a combatirlo. Finalmente, dándoles a sus nobles y valientes guerreros la razón de su gesto y de sus lágrimas, les dijo: "¿Sabéis, mis fieles, por qué he derramado tantas lágrimas? No es porque tema que estas pequeñas cosas puedan hacerme daño. Me da tristeza, que estando yo vivo, estos se hayan atrevido a tocar estas costas y me causa un gran dolor el pensar en los grandes males que les podrán causar a mis futuros súbditos. Que la protección de Cristo, señor nuestro, impida que esto suceda y vuestra espada siga siendo endurecida con la sangre de los normandos al igual que la de vuestro hermano Carlomán, teñida con la misma sangre. Y ahora esa espada, de vuestro muy fiel Arnoldo, no por inoperancia sino por escasez de recursos y falta de tierra, está cubierta de óxido, pero, sin embargo, con el mandato y la voluntad de vuestro poder puede ser llevada sin dificultad a la cumbre del esplendor. Solo esta pequeña rama con la débil astilla de Bernardo de la fecundísima raíz de Ludovico sobrevive bajo vuestra protección". Insertemos algo ahora en la historia de vuestro nombre sobre vuestro tatarabuelo Pipino, pues, si así lo concede la clemencia divina, podrán imitarlo un deseado hijo Carlos o vuestro pequeño Ludovico.

15. Los romanos, siendo atacados por los lombardos y otros enemigos, le enviaron legados a Pipino para que, por amor de san Pedro, se dignase cuanto antes acudir en su auxilio. Subyugados los enemigos. Pipino se trasladó victorioso a Roma para orar, siendo recibido por los ciudadanos con estas palabras de alabanza: "Los conciudadanos de los apóstoles y miembros de la familia de Dios han llegado hoy, portadores de la paz, para iluminar a la patria, dar la paz a las gentes y liberar al pueblo del Señor". Algunos ignoran el origen y la fuerza de esos versos y, sin embargo, los suelen cantar en el natalicio de los apóstoles. Pipino, para evitar la envidia de los romanos o, más ciertamente, de los constantinopolitanos, regresó prontamente a Francia. Habiendo descubierto que los nobles de su ejército solían conjurar contra él en secreto, ordenó que se

llevara hasta allí un toro terrible por su tamaño y se arrojara contra él un león indomable y feroz. Con tremendo ímpetu el león se lanzó contra el toro y lo aferró por la cerviz haciéndolo caer en tierra. Entonces el rey le dijo a los circunstantes: "¡Apartad al león del toro o matadlo sobre el toro!". Estos se miraron unos a otros estupefactos y congelados de terror y apenas pudieron balbucear estas palabras: "Señor, no existe un hombre bajo el cielo que se atreva a hacer eso". Entonces el rey, con toda confianza, se levantó del trono y desenvainando su espada separó las cabezas del león y del toro de sus cuerpos. Volviendo a poner la espada en la vaina se sentó en el trono: "¿Os parece", les dijo, "que puedo ser vuestro señor? ¿No habéis oído lo que hizo el pequeño David ante el gigante Goliat o el Alejandro de baja estatura ante todos sus satélites?". Entonces, como aturdidos por un trueno, todos cayeron en tierra, diciendo: "¿Quién que no esté loco puede desafiar vuestro dominio sobre los mortales?". No solo se mostró así ante las fieras y los hombres sino que también entabló una batalla inaudita contra las malévolas fuerzas espirituales. Cuando las termas cercanas a Aquisgrán todavía no tenían sus salubérrimas fuentes de aguas termales protegidas con una edificación, ordenó a su camarero que tomara precauciones para que las fuentes estuviesen limpias y no se entrometiera ningún extraño. Sucedió cierta vez que el rey, vestido con camisa y zapatos y su espada ceñida, al ingresar a las termas fue agredido por el enemigo antiguo con intención de exterminarlo. El rey, protegido con la señal de la cruz, viendo una sombra con figura humana, desnudó su invencible espada y la clavó con tal fuerza en la tierra que apenas pudo sacarla después de un gran esfuerzo. Esa sombra era de tal tamaño que cubrió a todas las fuentes con pus, sangre y su abominable grasa. Sin dejarse impresionar por eso, el incomparable Pipino le dijo al camarero: "No te preocupes, haz correr esa agua infectada para que ese lugar lo ocupe el agua pura y yo me pueda bañar en ella".

16. Me había propuesto, oh emperador augusto, entretejer una muy breve narración solamente sobre vuestro bisabuelo Carlos, cuyas gestas todos vosotros conocés; pero como se presenta la ocasión de mencionar necesariamente la memoria de vuestro padre Ludovico, apodado Ilustre y de vuestro religiosísimo abuelo Ludovico, apodado Pío y de vuestro muy guerrero

bisabuelo Pipino el Joven, acerca de los cuales, por pereza de los modernos, existe un gran silencio, juzgué que era muy inconveniente pasar por alto sus gestas. Pues a Pipino el Mayor, el doctísimo Beda le dedicó casi un libro entero en la *Historia Eclesiástica*. Recordadas así estas cosas ya hasta el exceso, vuelva el relato a quien llevó vuestro mismo nombre, es decir, Carlos. Si algo hemos pasado por alto de sus hazañas guerreras, nunca hemos reducido la narración a su vida cotidiana. Por lo cual, voy a recordar ahora los acontecimientos, lo más estrictamente que puedo.

17. Después de la muerte del muy victorioso Pipino, inquietando nuevamente los lombardos a Roma, el invicto Carlos, aunque muy atareado en la región cisalpina, tomó sin demora el camino hacia Italia y sometió a los lombardos a servidumbre; pues se humillaron en una rendición espontánea en una guerra incruenta. Para darle firmeza a este hecho, no apartándose nunca del reino de los francos y no volviendo a provocar incidentes en los confines de la ciudad de Pedro, tomó como esposa a la hija de Desiderio, príncipe de los lombardos. Después de no mucho tiempo, como esa mujer era enferma e incapaz para propagar la prole, tras el juicio de muy santos sacerdotes, fue desechada como si hubiese muerto. Airado el padre vinculó a los jefes de las provincias con juramento y él se amuralló en Pavía, dispuesto a rebelarse contra el invencible Carlos. Habiéndose este enterado con certeza del caso, se apresuró a emprender el camino hacia allí. Había sucedido algunos años antes que uno de los príncipes más importantes, de nombre Otkero, había incurrido en una ofensa al terrible emperador y por esa razón buscó refugio junto a Desiderio. Enterados de la llegada del temido Carlos, subieron a una torre muy alta desde donde poder verlo desde lejos. Al observar los bagajes, recordando las expediciones de Darío o de Julio, Desiderio le dijo a Otkero: "¿Está Carlos ya en ese ejército?". Y este respondió: "No todavía". Viendo luego el ejército que se había reunido desde todo el vasto Imperio, le comenta a Otkero: "Verdaderamente Carlos está en medio de todas esas tropas". Y replica Otkero: "No todavía, ni pronto". Entonces Desiderio comenzó a preocuparse y dijo: "¿Qué haremos si vienen muchos con él?". Le respondió Otkero: "Ya lo verás. Según como venga. No sé qué va a ser de nosotros". Mientras ellos se decían estas cosas, apareció la escuela palatina, que

nunca tenía vacaciones. Desiderio, al verla, dijo estupefacto: “Allí está Carlos”. Y Otkero: “No todavía, ni tan pronto”. Después de la escuela se pudieron ver los obispos, los abades y los clérigos capellanes con sus comitivas. Ante esa vista, Desiderio, cuyo nombre expresa su deseosa preocupación por la vida y la muerte, balbuceó entre sollozos: “¡Descendamos y ocultémonos bajo la tierra ante el furor de este adversario cruel!”. A esto replicó temeroso Otkero, que ya había experimentado el poderío del incomparable Carlos y ahora se había acostumbrado a tiempos menos gravosos: “cuando veas que desaparecen las mieses de los campos y veas al Po y al Ticino inundando las ciudades amuralladas con sus ondas, entonces hay señales de que llega Carlos”. Mientras decían esto, comenzó a aparecer hacia el Occidente, arrastrada por un viento circular o del norte, una nube tenebrosa que convirtió un día clarísimo en horrendas tinieblas. Al aproximarse Carlos, ante el esplendor de su armadura, el día se hizo más tenebroso que una noche para los que estaban dentro de la torre. Entonces apareció el férreo Carlos, con su férreo casco cristado, con férreas manoplas, cubierto su pecho y sus hombros con una férrea coraza, enarbolando una férrea lanza en su mano izquierda, pues la derecha siempre estaba en la empuñadura de su invicta espada. Las caderas, que generalmente se dejaban al descubierto para montar más fácilmente, las tenía cubiertas con férreas abrazaderas. ¿Qué diré de las grebas? En todo el ejército siempre solían estar en uso grebas de hierro. El escudo era totalmente de hierro. También el caballo, animoso y colorido, relucía por completo con hierro. Todos tenían una vestimenta semejante, los que marchaban delante, los que iban a los costados, los que seguían detrás; todos, en la medida de sus posibilidades estaban así armados. El hierro llenaba los campos y las calles. Los rayos del sol reverberaban sobre el ejército cubierto de hierro. El honorable y frío hierro era portado por un pueblo aún más frío. El espléndido hierro llenó de terror las alcantarillas. “¡Oh, el hierro! ¡Oh, el hierro!” Así resonaba el confuso clamor de los ciudadanos. La firmeza de los muros y de la juventud se estremeció con el hierro y la seriedad de los mayores se debilitó con el hierro. Esto que yo, balbuciente y desdentado, traté de describir muy imperfectamente y no como hubiera debido, Otkero, verdadero espectador, al ver esto le dijo inmediatamente a Desiderio: “¡He aquí lo que tanto buscaste!”. Dicho esto se

desplomó casi exánime. Pero en ese día, o por demencia, o por alguna esperanza de resistir, los habitantes de la ciudad no quisieron recibir al emperador. Este, siempre lleno de recursos, les dijo a los suyos: "Hagamos hoy algo memorable para que no pueda decirse que pasamos el día ociosos. Construyamos rápidamente un pequeño oratorio para que si hoy no somos recibidos, podamos celebrar allí los oficios divinos". Dichas estas palabras, organizándose entre sí, unos traían cal y piedras, otros maderas y pinturas comenzando la construcción junto al emperador. Desde la cuarta hora del día hasta la duodécima construyeron una basílica espléndida con sus paredes, techo, cielorraso y pinturas con la ayuda de los jóvenes y soldados. Nadie que hoy la vea creería que solo podría haber sido construida en poco menos de un año. Les dejo a los que son seguidores de vuestra majestad no por amor sino por alguna recompensa, la misión de describir con qué facilidad y sin efusión de sangre sino solo con habilidad fue tomada esa ciudad. Algunos de los ciudadanos quisieron abrir las puertas; otros intentaron resistir, aunque en vano; lo cierto es que permitieron el ingreso. Desde allí el religiosísimo Carlos siguió avanzando hasta una ciudad en la región del Friul, que los que creen saber denominan Forum Iulii. Sucedió que por ese mismo tiempo, el obispo o, como dicen los modernos, el patriarca de esa ciudad, se encontraba en el ocaso de su vida. El religiosísimo Carlos se apresuró a visitarlo. Debía designar nominalmente al sucesor. El piadoso patriarca, en medio de profundos suspiros, le dijo: "Señor, dejo este episcopado, que ahora retengo sin ninguna utilidad ni provecho espiritual, al juicio divino y a vuestra disposición, no sea que a los pecados que acumulé mientras vivía, algo más les añada para ser reprendido por el inevitable e incorruptible juez". El sapientísimo Carlos, no sin razón, lo consideraba como igual a los antiguos padres. Habiéndose detenido por algún tiempo en esa región, hasta que asumiese un nuevo obispo en lugar del que estaba en el fin de su vida, Carlos, el más hábil de los cazadores de los francos, en un día festivo, después de la celebración de la misa, les dijo a los suyos: "Para que el ocio no nos lleve a la pereza, salgamos de caza; sigamos con nuestras vestimentas actuales hasta que cacemos alguna presa". Era un día lluvioso y frío y el mismo Carlos vestía una piel de carnero de no mayor valor que aquella ropa de san Martín que cubría su pecho y dejaba los brazos desnudos cuando ofreció a Dios

su sacrificio por decisión divina. Los demás, siendo días feriados, habían llegado hacía poco desde Pavía, adonde hacía poco tiempo los vénetos habían llevado grandes riquezas orientales desde allende los mares, mantos con plumas de aves fénix y de pavos reales y cisnes, decorados con púrpura de Tiro y con sus bordes adornados; otros venían cubiertos con pieles de nutrias y martas y otros, con pieles de armiño. Al marchar por los bosques sus ropas fueron destrozadas por las ramas de árboles, espinos y arbustos o empapadas por el agua de las lluvias, o cubiertas por la sangre y la suciedad de las pieles de los animales. Dijo entonces el muy astuto Carlos: "Ninguno de nosotros debe quitarse sus ropas hasta ir a dormir para que de este modo puedan secarse mejor". Ante esta orden, todos se preocuparon más por sus cuerpos que por su vestimenta y buscaban fogatas para calentarse. Al regresar permanecieron al servicio del rey hasta muy entrada la noche para retirarse luego a sus mansiones. Cuando comenzaron a despojarse de esas finísimas vestiduras de delicadas pieles y plumas y de las aún más finas coberturas de seda, hicieron que se oyeran desde lejos los sonidos de las quebraduras y roturas como si fuese el ruido de paja seca al quebrarse. Gemían y suspiraban por haber perdido tanto dinero en un solo día. Ordenó el emperador que al día siguiente se presentasen con las mismas vestiduras. Cumpliendo esta orden se presentaron sin vestiduras resplandecientes sino con ropas horribles por su suciedad. Entonces, con gran sagacidad, Carlos le dijo a su camarero: "Estruja mi chaqueta de piel y me la traes". Esta, íntegra y blanquísima. La tomó en sus manos y mostrándosela a los presentes les dijo: "Oh, vosotros los más necios de los mortales, ¿qué vestidura es más preciosa y útil? ¿Esta chaqueta mía que costó un sueldo o esas vestiduras vuestras que costaron no solo una libra sino muchos talentos?". Entonces, con los rostros vueltos hacia el suelo, no podían soportar esa terrible admonición. Vuestro religiosísimo padre no una sola vez, sino durante toda su vida ha dado ese ejemplo hasta el punto de que nadie, según su modo de ver las cosas, era digno si en el ejército contra el enemigo presumía portar algo más que las armas de la milicia y una simple vestidura de lana. Si alguno de sus inferiores, ignorando esta disciplina, pasaba cerca de él ostentando seda, oro o plata, se retiraba amonestado y mucho mejor y más sabio, al oír estas palabras: "¡Oh tú, cubierto de oro, de plata y de púrpura! Miserable e infeliz, no te basta lanzarte solo a la

suerte de la guerra; llevas cosas que servirían para redimir tu vida y las pones en manos de los enemigos para que con ellas adornen sus ídolos". Vosotros ya lo sabéis, pero os voy a repetir cuánto disfrutó de su espada el muy invicto Ludovico desde su temprana edad hasta sus setenta años, y cómo hizo gala de esa espada ante los normandos.

18. Cuando los reyes de los normandos, por respeto, le entregaban oro y plata, y, en prenda de su sometimiento y obediencia, le dieron además sus espadas, el rey ordenó que el dinero fuese depositado en el pavimento y nadie lo mirase sino con desprecio, e incluso fuese pisoteado como lodo. En cuanto a las espadas, ordenó que le fuesen presentadas estando él sentado en su sublime trono. Los legados temían que pudiese surgir contra ellos alguna sospecha, como suele suceder con los servidores que les muestran a sus señores las puntas de sus cuchillos. Pensaban que era peligroso para ellos mostrar las espadas al emperador. Tomando este una de las espadas por la empuñadura con una mano y por la punta con la otra mano, e intentando curvarla, la espada se quebró. Entonces uno de los enviados extrajo la suya de la vaina y se la alcanzó de la manera que lo hacen los servidores, diciendo: "Señor, creo que esta espada la encontraréis flexible y rígida a voluntad de vuestra diestra". El césar la aceptó, siendo verdaderamente tal según el vaticinio de Isaías: *Mirad la piedra de donde fuisteis cortados*. Era singularmente famoso en toda la Germania con la fuerza, por obra divina, de los antiguos, en sus miembros y en su ánimo. Sosteniendo la espada por la punta y por el mango la curvó como una vara de mimbre y lentamente la volvió a su forma primitiva. Los legados entonces, viendo esto, comentaban estupefactos unos a otros: "Ojalá a nuestros príncipes les pareciera tan vil el oro y tan precioso el hierro".

19. Y ya que hicimos mención de Normandía, voy a comentar brevemente cuántos de ellos hayan abrazado la fe y recibido el bautismo en tiempos de vuestro abuelo Carlos. Así como después de la muerte del muy guerrero David los pueblos vecinos que habían sido sometidos con su muy fuerte mano, le ofrecieron sus tributos a su pacífico hijo Salomón, del mismo modo le presentaron sus tributos por temor al augustísimo emperador Carlos, y ese

pueblo terriblemente cruel de los normandos honró con veneración a su hijo Ludovico. El muy religioso emperador, finalmente, compadecido de ellos, les preguntó a los legados si deseaban aceptar la religión cristiana y, recibida la respuesta de que estaban preparados siempre para obedecer en todo, ordenó que fueran bautizados en su nombre, según dice el doctísimo Agustín: *Si no existiese la trinidad, no se podría decir verdaderamente: Id, enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.* Fueron acogidos por los nobles del palacio casi como hijos adoptivos y recibieron de la cámara del emperador por parte de sus padrinos el hábito blanco y otros vestidos preciosos, armas y obsequios. Esto se fue prolongando y no ya en busca de Cristo sino para lograr bienes terrenos; de año en año muchos más normandos acudían no como legados sino como devotísimos vasallos y se apresuraban a llegar para agasajar al emperador Ludovico en el sábado santo de la Pascua. Una cierta vez, el emperador les preguntó si tenían el deseo de bautizarse y habiendo los visitantes confesado que sí, ordenó que sin demora fueran bañados con el agua sagrada. Como no había a disposición tantas vestiduras de lino, ordenó que se tomasen camisas y se las uniese al modo de lo que se hace con un cerco o como se entrelazan las vides. Cuando uno de esos paños le fue impuesto a uno de los visitantes de mayor edad, la miró con ojos curiosos y con no poca indignación le dijo al emperador: "Muchas veces me he bañado aquí y fui vestido con ropa blanquísima y óptima y este saco no es apto ni siquiera para un soldado, sino apenas para un pastor. Si no fuera para no avergonzarme de la desnudez, ya que no tengo mi ropa propia, te entregaría este paño junto con tu Cristo". Los enemigos de Cristo han comprendido bien lo que dijo el apóstol: *Todos los que fuisteis bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo*; y aquello otro: *Todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte.* Y sobre todo lo que dice de los que desprecian la fe y violan los juramentos: *Crucificando de nuevo para sí mismos al hijo de Dios y exponiéndole al vituperio.* ¡Ojalá esto ocurriera solamente entre los gentiles y no también entre aquellos que ostentan el nombre de cristianos!

20. Todavía nos resta decir algo del primer Ludovico y luego volver a Carlos. El serenísimo emperador Ludovico, inmune de todas las incursiones de los

enemigos, estaba consagrado solamente a obras religiosas, oraciones, limosnas y atención de causas judiciales y determinación de sus justas sentencias. En el ejercicio de ese asunto ponía tanto empeño e inteligencia que cuando alguien, bromeando, lo comparó con Aquitofel, tuvo esta respuesta del rey, con el rostro sonriente y la voz dulce pero con la mente algo conmovida: "Oh sapientísimo Anselmo, si fuera posible, me animaría a decir que no andas por un recto camino". Y desde ese día ese tal fue menospreciado por todos.

21. El misericordiosísimo Ludovico era tan inclinado a dar limosnas que no solo quería que se dieran en su presencia sino que prefería darlas personalmente. Además, cuando estaba él ausente, decretó que de tal manera fueran atendidas las necesidades de los pobres que a uno de ellos que parecía débil pero con más energía que los demás, le ordenó que por su intermedio se administrasen los fondos públicos, las reparaciones de los robos, las multas por injurias o lesiones e incluso por delitos mayores como la amputación de miembros o las decapitaciones o ahorcamientos. Este cumplió diligentemente la misión que le fue encomendada ante los duques, tribunos, centuriones o sus vicarios. Personalmente el clementísimo emperador, venerando en todos ellos al mismo Cristo, nunca dejó de suministrarles alimento y lo necesario para cubrirse, principalmente en el día en que Cristo, despojado de su túnica mortal se preparaba para revestirse con la túnica incorruptible. En ese día a cada una de las personas que prestaban servicio en el palacio y en la corte les obsequiaba presentes. A los más nobles hacía que les distribuyeran cinturones o bandas y vestiduras preciosímas traídas desde las más lejanas regiones del imperio. A los de menos categoría les obsequiaba sacos fresónicos de todos los colores. A los cuidadores de caballos, a los panaderos y a los cocineros les obsequiaba ropa de lino entretejida con lana según las necesidades de sus oficios. Ya no había indigentes y según el dicho apostólico *había en todos una gracia extraordinaria;* los pobres, decentemente vestidos clamaban alegremente en las calles y plazas de Aquisgrán *¡Kyrieleyson al bienaventurado Ludovico!*, haciendo llegar sus voces hasta el cielo. Los que podían, de entre los soldados, abrazaban los pies del emperador y otros lo aclamaban desde lejos. Cuando el emperador estaba ya marchando hacia la iglesia uno de los bufones exclama bromeando: "¡Oh

bienaventurado Ludovico, que has podido vestir a tanta gente en un solo día! Por Cristo, nadie en Europa ha vestido hoy tantos como tú, fuera de Atón". Cuando el emperador le preguntó cómo ese tal había podido vestir a más que él, el mimo, feliz de haber provocado la admiración del emperador, riendo le dice: "Hoy él ha entregado muchísima ropa nueva". El emperador con un suave gesto de su amable rostro indicó que percibía la broma y entró en la iglesia con humilde devoción. Allí se comportó con tanto respeto como si hubiera visto al mismo Cristo con sus ojos corporales.

22. También continuamente, no por necesidad sino por su afán de dar algo, todos los sábados al bañarse solía darles a sus servidores todo lo que se quitaba, salvo la espada y el cinturón. Y su liberalidad llegaba hasta los más inferiores hasta el punto de que al vidriero Estracolfo, siervo en San Galo, que por entonces estaba a su servicio, ordenó que se le dieran todas sus vestiduras. Viendo esto, algunos de los soldados equivocadamente intentaron despojarlo. A ellos les dijo: "¿Qué hacéis? Queréis despojar al vidriero del césar?". Ellos respondieron: "Por cierto te permitimos que cumplas tu oficio (…)[43]"

[43] Hay una laguna en el texto original.